¡Venga Tu Reino!

Manual de Liturgia

©COPY RIGHT

Todos los derechos reservados

Centro de Promoción Integral, A.C.

www.demisiones.com

Índice

I. La Liturgia, ¿qué es? 3
1. Etimología 4
2. Uso del término “liturgia” en la Biblia 4
3. Evolución posterior 5
4. Definición de liturgia en el Concilio Vaticano II 5
5. Lo litúrgico y lo no litúrgico 6

II. Para vivir la liturgia 8
1. Cuando los hombres celebran 8
2. Los hombres se reconocen 12
3. La experiencia simbólica 14

III. Celebrar la liturgia 18
1. Generalidades 18
2. Aproximación al concepto de Celebración 18

IV. La Palabra de Dios vivida en la liturgia 21
1. Generalidades 21
2. La Sagrada Escritura vivida en la historia 21
3. La Sagrada Escritura en la Teología del Vaticano II 22
4. El leccionario, dinamismo celebrativo de la Palabra de Dios 23
5. El Salmo responsorial, parte integrante de la Liturgia de la Palabra 24
6. La Liturgia de las Horas 24

V. La liturgia en la economía de la salvación 26
1. La liturgia, síntesis de la historia salvífica 26
2. La liturgia, obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo 26
3. Celebrar la liturgia en la Iglesia 27

VI. El Domingo, “El Día del Señor” 32
1. Generalidades 32
2. La Eucaristía, presencia real del Señor 32
3. El Domingo, “El Día del Señor” 35

VII. Las diversas partes de la Misa 37
1. Ritos iniciales 37
2. Liturgia de la Palabra 38
3. Liturgia Eucarística 39
4. Rito de conclusión 42

VIII. Elementos litúrgicos 43
1. Vestiduras litúrgicas 43

2. Libros litúrgicos 44
3. Vasos sagrados y accesorios 44

IX. El año litúrgico 48
1. ¿Qué se celebra? 48
2. ¿Cuándo se celebra? 48
3. Calendario litúrgico 50

X. La religiosidad popular, herramienta de expresión 53
1. La religiosidad popular, herramienta de expresión pública de la fe 53
2. Las imágenes, un elemento clave 53
3. La formación, clave para poner a cada uno en su sitio 54

Anexo 1. Diversas tradiciones litúrgicas 54

XI. Cuestionario sobre liturgia 56
1. Preguntas 56
2. Respuestas 58

I. La liturgia, ¿qué es?

Dios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tim 2, 4), habiendo hablado antiguamente en muchas ocasiones y de diferentes maneras a nuestros padres por medio de los profetas (Heb 1,1), cuando llegó la plenitud de los tiempos envió a su Hijo, el Verbo hecho carne (SC 5).

La liturgia cristiana es una realidad muy rica y valiosa que puede ser analizada bajo numerosos aspectos, pero cuya definición es clara y precisa: la Liturgia es la celebración del Misterio de Cristo y en particular de su Misterio pascual. Es el Misterio de Cristo lo que la Iglesia anuncia y celebra en su liturgia a fin de que los fieles vivan de Él y den testimonio del mismo en el mundo.

Mediante el ejercicio de la función sacerdotal de Jesucristo, se manifiesta y realiza en ella, a través de signos, la santificación de los hombres; y el Cuerpo Místico de Cristo, esto es la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público que se debe a Dios. Es innegable que se trata de una realidad unida a la fe y a la expresión personal y social de los miembros de la Iglesia. Esto hace que la ciencia que tiene como objeto la liturgia, procure abarcar todos los aspectos del hecho litúrgico y de manera particular aquellos que se refiere a su realización actual.

A través de la Liturgia, Cristo continúa en su Iglesia, con ella y por medio de ella, la obra de nuestra redención. Está presente en el sacrificio de la misa, no sólo en la persona del ministro, sino también, sobre todo, bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues es El mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura. Está presente, finalmente, cuando la Iglesia ora, suplica y canta salmos.

En la Liturgia, el Padre nos colma de sus bendiciones en el Hijo encarnado, muerto y resucitado por nosotros, y derrama en nuestros corazones el Espíritu Santo. Al mismo tiempo, la Iglesia bendice al Padre mediante la adoración, la alabanza y la acción de gracias, e implora el don de su Hijo y del Espíritu Santo.

La Liturgia, obra de la Santísima Trinidad, es la acción sagrada por excelencia y “la cumbre hacia la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de la que emana su fuerza vital” (SC 10). Por tanto, es el lugar privilegiado de la catequesis del Pueblo de Dios. “La catequesis está intrínsicamente unida a toda la acción litúrgica y sacramental, porque es en los sacramentos, y sobre todo en la Eucaristía, donde Jesucristo actúa en plenitud para la transformación de los hombres”(CT 23).

En la Liturgia, el Espíritu Santo es el pedagogo de la fe del Pueblo de Dios, el artífice de las “obras maestras de Dios” que son los sacramentos de la Nueva Alianza. El deseo y la obra del Espíritu en el corazón de la Iglesia es que vivamos de la vida de Cristo resucitado. Cuando encuentra en nosotros la respuesta de fe que él ha suscitado, entonces se realiza una verdadera cooperación común del Espíritu Santo y de la Iglesia.

"La sagrada liturgia no agota toda la acción de la Iglesia" (SC 9): debe ser precedida por la evangelización, la fe y la conversión; sólo así puede dar sus frutos en la vida de los fieles: la Vida nueva según el Espíritu, el compromiso en la misión de la Iglesia y el servicio de su unidad.

La formación litúrgica es un proceso y nunca debe ser entendida tan sólo como un conjunto de conocimientos sobre la liturgia, sino que afecta también a la espiritualidad de los creyentes y a su participación en la vida litúrgica de la Iglesia. Por lo tanto, la formación litúrgica es una necesidad ya que es un aspecto esencial de la formación cristiana integral, situada entre la educación de la fe y la formación moral, y que tiene por finalidad introducir a los miembros de la Iglesia en la participación consciente, activa y fructuosa en la liturgia para una vida cristiana más plena (cf. GE 2, SC 14, 19, 48).

1. Etimología

El termino liturgia procede del griego clásico, leitourgía (de la raíz lêit – leôs-laôs- : pueblo, popular; y érgon: obra) lo mismo que sus correlativos leitourgeîn y leitourgós, y se usaba en sentido absoluto sin necesidad de especificar el objeto, para indicar el origen o el destino popular de una acción o de una iniciativa, independientemente del modo como se asumía ésta. Con el tiempo la presentación popular perdió su carácter libre para convertirse en un servicio oneroso a favor de la sociedad. Cuando este servicio afectaba al ámbito religioso, la liturgia se dirigía al culto oficial de los dioses. En todos los casos la palabra tenía un valor técnico.

La palabra "Liturgia" significa originariamente "obra o quehacer público", o sea, un servicio en favor del pueblo. En la tradición cristiana quiere significar que el Pueblo de Dios toma parte en la obra de Dios (cf JN 17, 4). Por la liturgia, Cristo, nuestro Redentor y Sumo Sacerdote, continúa en su Iglesia, con ella y por ella, la obra de nuestra salvación.

2. Uso del término "liturgia" en la Biblia

En el AT: El verbo leitourgeô y el sustantivo leitourgía se encuentran 100 y 400 veces, respectivamente en la versión de los LXX, y designan el servicio cultual de los sacerdotes y levitas en el templo. El término en hebreo es algunas veces shêrêr (cf. Núm 16,9) y otras abhâd y abhôdâh, que designa prácticamente siempre el servicio cultual del Dios verdadero realizado en el santuario por los descendientes de Aarón y de Leví. Para el culto privado y para el culto de todo el pueblo los LXX se sirven de las palabras latreía y doulía (adoración y honor). En los textos griegos solamente, leitourgía tiene el mismo sentido cultual levítico (cf. Sab 18,21; Eclo 4,14; 7,29-30; 24,10, etc.). Esta terminología supone ya una interpretación, distinguiendo entre el servicio de los levitas y el culto que todo el pueblo debía dar al Señor (cf. Ex 19,5; Dt 10,12). No obstante, la función cultual pertenecía a todo el pueblo de Israel, aunque era ejercida de forma especial y pública por los sacerdotes y levitas.

En el griego bíblico del Nuevo Testamento, leitourgía no aparece jamás como sinónimo de culto cristiano, salvo en el discutido pasaje de Hch 13,2.
En el NT: La palabra liturgia se utiliza con los siguientes sentidos en el NT:

a. En sentido civil de servicio público oneroso, como en el griego clásico (cf. Rm 13,6; 15,27; Flp 2,25.30; 2 Cor 9,12; Heb 1,7.14).

b. En sentido técnico del culto sacerdotal y lévitico del AT (cf. Lc 1,23; Heb 8.2.6; 9,21; 10,11). La Carta a los Hebreos aplica a Cristo, y sólo a él, esta terminología para acentuar el valor del sacerdocio de la Nueva Alianza.

c. En sentido de culto espiritual: San Pablo utiliza la palabra leitourgía para referirse tanto al ministerio de la evangelización como al obsequio de la fe de los que han creído por su predicación (cf. Rm 15,16; Flp 2,17).

d. En sentido de culto comunitario cristiano: El texto de Hch 13,2 («leitourgoúntôn») es el único del NT donde la palabra liturgia puede tomarse en sentido ritual o celebrativo. La comunidad estaba reunida orando, y la plegaria desembocó en el envío misionero de Pablo y de Bernabé mediante el gesto de la imposición de manos (cf. Hch 6,6).

Esta reserva en el uso de la palabra liturgia por el Nuevo Testamento obedece a su vinculación al sacerdocio levítico, el cual perdió su razón de ser en la Nueva Alianza.

3. Evolución posterior

En los primeros escritores cristianos, de origen judeocristiano, la palabra liturgia fue usada de nuevo en el sentido del Antiguo Testamento, pero aplicada al culto de la Nueva Alianza (cf. Didaché 15,1; 1 Clem. 40,2.5).

Después la palabra liturgia ha tenido una utilización muy desigual. En las Iglesias orientales de lengua griega leitourgía designa la celebración eucarística. En la Iglesia latina liturgia fue ignorada, al contrario de lo que ocurrió con otros términos religiosos de origen griego que fueron latinizados. En lugar de liturgia se usaron expresiones como munus, oficcium, ministerium, opus, etc. No obstante San Agustín la empleo para referirse al ministerio cultual, identificándola con latría (cf. S. Agustín, Enarr. in Ps 135, en PL 39, 1757.).

A partir del siglo XVI liturgia aparece en los títulos de algunos libros dedicados a la historia y a la explicación de los ritos de la Iglesia. Pero, junto a este significado, el término liturgia se hizo sinónimo de ritual y de ceremonia. En el lenguaje eclesiástico la palabra liturgia empezó a aparecer a mediados del siglo XIX, cuando el Movimiento litúrgico la hizo de uso corriente.

4. Definición de Liturgia en el Concilio Vaticano II

Los documentos conciliares, especialmente la Sacrosanctum Concilium, hablan de la liturgia como un elemento esencial de la vida de la Iglesia que determina la situación presente del pueblo de Dios, la liturgia es la cumbre a la que tiende su actividad y manantial de donde dimana su fuerza: «Con razón, entonces, se considera a la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella, los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Cristo, es decir, la Cabeza y sus miembros ejerce el culto publico íntegro. En consecuencia, toda celebración litúrgica por ser obra de Cristo Sacerdote y de su cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia.» (SC 7).

Esta noción estrictamente teológica de la liturgia, sin olvidar los aspectos antropológicos, aparece en íntima dependencia del misterio del Verbo encarnado y de la Iglesia (cf. SC 2; 5;6; LG 1; 7; 8, etc.). La encarnación en cuanto presencia eficaz de lo divino en la historia, se prolonga «en gestos y palabras» (cf. DV 2; 13) de la liturgia, que reciben su significado de la Sagrada Escritura (cf. SC 24) y son prolongación en la en la tierra de la humanidad del Hijo de Dios (cf. CEC 1070, 1103, etc.).

El Concilio ha querido destacar, por una parte, la dimensión litúrgica de la redención efectuada por Cristo en su muerte y resurrección, y, por otra, la modalidad sacramental o simbólica-litúrgica en la que se ha de llevar a cabo la «obra de salvación».

De esta manera, en la noción de liturgia que da el Vaticano II, destacan los siguientes aspectos:

a. Es obra de Cristo total, Cristo primariamente, y de la Iglesia por asociación;
b. Tiene como finalidad la santificación de los hombres y el culto al Padre, de modo que el sacerdocio de Cristo se realiza en los dos aspectos;
c. Pertenece a todo el pueblo de Dios, que en virtud del Bautismo es sacerdocio real con el derecho y el deber de participar en las acciones litúrgicas;
d. En cuanto constituida por «gestos y palabras» que significan y realizan eficazmente la salvación, es ella misma un acontecimiento en el que se manifiesta la Iglesia, sacramento del Verbo encarnado;
e. Configura y determina el tiempo de la Iglesia desde el punto de vista escatológico;
f. Por todo esto la liturgia es «fuente y cumbre de la vida de la Iglesia» (SC 10; LG 11).

Así pues, en la noción de liturgia que ofrece el Concilio podemos definirla como la función santificadora y cultural de la Iglesia, esposa y cuerpo sacerdotal del Verbo encarnado, para continuar en el tiempo la obra de Cristo por medio de los signos que lo hacen presentes hasta su venida.

El Papa Juan Pablo II decía en su carta del Jueves Santo de 1980: “Existe un vínculo estrechísimo y orgánico entre la renovación de la Liturgia y la renovación de toda la vida de la Iglesia.
La Iglesia no sólo *actúa*, sino que se *expresa* también en la Liturgia, *vive* de la Liturgia y *saca* de la Liturgia las fuerzas para la vida. Y por ello, la renovación litúrgica, realizada de modo justo, conforme al espíritu del Vaticano II, es, en cierto sentido, *la medida y la condición* para poner en práctica las enseñanzas del Concilio Vaticano II, que queremos aceptar con fe profunda, convencidas de que, mediante el mismo, el Espíritu Santo ha dicho a la Iglesia las verdades ha dado las indicaciones que son necesarias para el cumplimiento de su misión respecto a los hombre de hoy y de mañana.”

5. Lo litúrgico y lo no litúrgico

Son acciones litúrgicas (lo litúrgico) aquellos actos sagrados que, por institución de Jesucristo o de la Iglesia, y en su nombre, son realizados por personas legítimamente designadas para este fin, en conformidad con los libros litúrgicos aprobados por la Santa Sede, para dar a Dios, a los santos ya los beatos el culto que les es debido. Lo no litúrgico son las demás acciones sagradas que se realizan en una iglesia o fuera de ella, con o sin sacerdote que las presencie o las dirija (a estas también se les llama ejercicios piadosos).

Lo litúrgico «es lo que pertenece al entero cuerpo eclesial y lo pone de manifiesto» (SC 26) y constituye la eficacia objetiva de los actos de culto. Los ejercicios piadosos evocan el misterio de Cristo únicamente de manera contemplativa y afectiva.

La eficacia de los actos litúrgicos depende de la voluntad institucional de Cristo y de la Iglesia, y de que se cumplan necesariamente las condiciones para su validez; por eso estos actos actualizan la presencia del Señor. La eficacia de los ejercicios piadosos depende tan sólo de las actitudes personales de quienes toman parte en ellos.

Estas acciones litúrgicas son necesarias, ya que sin la comunicación no podríamos existir ni ser lo que somos.
La comunicación externa está determinada por la misma estructura fundamental del hombre, hecho, a la vez, de interioridad y exterioridad, de espíritu y materia: "carne y sangre" decían los antiguos semitas, "cuerpo y alma" los clásicos greco-romanos; "rostro y corazón" los antiguos mexicanos.
Para comunicar a otros lo profundo e interior nuestro, necesitamos siempre revestir o traducir eso profundo e interior con algo exterior y sensible (signos y símbolos), de otro modo no podríamos ni entender ni darnos a entender.

Dios al comunicarse con el hombre, se adapta a él, usa también los signos sensibles. Dios se fue comunicando con el hombre por medio de acontecimientos históricos (ej: el éxodo), por medio de personas (jueces, profetas,…), por medio de instituciones (el Templo, la Cena Pascual).

Pero todos estos signos, en el Plan de Dios, iban hacia una cumbre; todo no era sino imagen y promesa que tendía a una realidad, a un cumplimiento. Este cumplimiento y realización es Cristo. Cristo es imagen de Dios invisible, *"El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn 14,9)*

¿Cómo habríamos podido entender la Palabra eterna y personal de Dios, si no nos lo hubiera traducido a nuestra carne y nuestra sangre? A Dios nadie lo ha visto, pero Cristo vivió con nosotros, aunque sólo haya sido por poco tiempo necesitamos algo que nos lo haga visible y palpable, necesitamos de un Sacramento-Misterio de Cristo.

"En esto consiste el misterio de la Iglesia: es una realidad humana, formada por hombre limitados y pobres, pero penetrada por la insondable presencia y fuerza de Dios Trino que en ella resplandece, convoca y salva." (Documento de Puebla 922).

La Iglesia se expresa, crece, profundiza su vida en toda la Liturgia, en todos sus signos, particularmente en los siete signos céntricos que han sido llamados los siete sacramentos. En estos sacramentos hay uno principal: "*la Celebración Eucarística",* centro de la sacramentalidad de la Iglesia y la más plena presencia de Cristo en la humanidad, es centro y culmen de toda la vida sacramental. (Documento de Puebla 923).

II. Para vivir la liturgia

Vivir la liturgia es algo que está al alcance de todos. Pero para comprender profundamente el espíritu de la celebración, sus acciones y su lenguaje, hay que iniciarse en ello. No se improvisa la realización de los ritos que propone la reforma litúrgica del Vaticano II.

En la vida humana, signos y símbolos ocupan un lugar importante. El hombre, siendo un ser a la vez corporal y espiritual, expresa y percibe las realidades espirituales a través de signos y de símbolos materiales. Como ser social, el hombre necesita signos y símbolos para comunicarse con los demás, mediante el lenguaje, gestos y acciones. Lo mismo sucede en su relación con Dios. Esta es la razón por la cual la liturgia cristiana se arraiga en el terreno de los gestos y de las acciones simbólicas.

Al establecer la alianza con su pueblo, Dios recoge y precisa ese lenguaje de hombres para comunicarse en unos cuantos signos privilegiados: la asamblea, los ministerios, los sacramentos, etc. Toda celebración sacramental es un encuentro de los hijos de Dios con su Padre, en Cristo y en el Espíritu Santo, y este encuentro se expresa como un diálogo a través de acciones y de palabras.

La celebración de la Eucaristía es objeto de una exposición especial, en la medida en que pone en obra numerosos ritos en un conjunto dinámico. La liturgia de la Eucaristía se desarrolla conforme a una estructura fundamental que comprende dos grandes momentos que forman una unidad básica: la liturgia de la Palabra, con las lecturas, la homilía y la oración universal; la liturgia Eucarística, con la presentación del pan y del vino, la acción de gracias en la consagración y la comunión.

En el corazón de la celebración de la Eucaristía se encuentra el pan y el vino que, por las palabras de Cristo y por la invocación del Espíritu Santo, se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Fiel a la orden del Señor, la Iglesia continúa haciendo, en memoria de El, hasta su retorno glorioso, lo que El hizo la víspera de su pasión: “Tomó pan…”, “tomó el cáliz lleno de vino…”. Al convertirse misteriosamente en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, los signos del pan y del vino siguen significando también la bondad de la creación.

Intentamos decir lo esencial. Va dirigido a todos los que se esfuerzan, semana tras semana, en hacer más vivas las asambleas cristianas, en especial, la celebración eucarística.

Desarrollaremos todo el arte de vivir los lugares y los ritmos, los gestos, las lecturas, los cantos... Un arte coherente y ágil, en donde se reconcilia la fidelidad a la Iglesia con la libertad de expresión.

1. Cuando los hombres celebran

«¡Fiesta nacional!»
«Quedáis invitados a la boda de... y de...»
«Mañana celebramos el cumpleaños de...».

Todos estos anuncios de celebración no suscitan en nuestro ánimo ni teorías, ni

ideologías, ni quizás inmediatamente sentimientos. Lo que surge ante todo en nosotros son unas imágenes: la bandera y los cohetes, los recién casados saliendo de la Iglesia, las velitas en el pastel del que cumple años, la corona de flores que se coloca ante el monumento a la patria y el desfile de un cortejo acompañado de la banda municipal, la recién casada de blanco partiendo la tarta nupcial, los regalos y el tirón de orejas al que cumple años.

Es decir, con la palabra y con el acontecimiento-celebración se asocian naturalmente las imágenes de unas acciones simbólicas.

Lo mismo pasa en la misa: gestos del sacerdote y de los fieles, cantos, música, etc.

Para comprender la liturgia, no hay más remedio que pensar en el símbolo, que es común a toda experiencia humana y que constituye el material básico de la liturgia cristiana. En efecto, la liturgia está esencialmente formada de acciones simbólicas.

Se trata de una cuestión complicada. Pero que no nos asuste. Procuraremos hablar con sencillez, para que todos podamos comprender la liturgia y la existencia de la fe.

Significante-significado

Toda expresión humana comprende un significante y un significado:
Si entro en Inglaterra, en una panadería, enseño un pan y digo: «*Please, bread*»; el significante es el dedo extendido y el sonido «bread», el significado es aquel trozo de harina amasado con levadura y cocido.

En España, el significante sería (para el mismo significado) el sonido «pan».

En otras palabras, para comunicarme con aquel panadero inglés y hacerle llegar mi mensaje, he utilizado dos códigos: el signo del dedo extendido y el de un sonido concreto.

Signo y símbolo

Pero a veces las cosas son de otra manera.

Pongamos un ejemplo. Siguiendo el código de la circulación: cuando veo una señal roja, traduzco: «peligro, prohibición». Se trata de un signo.

Los responsables de la circulación me han transmitido un mensaje y todo lo que desean es que lo respete.

Pero cuando veo el rojo en la sotana de púrpura de un cardenal, en la casulla roja del sacerdote, ocurre otra cosa: el color rojo (el significante) me remite (o me puede remitir), no ya solamente a un significado, sino sobre todo a otros significantes: la sangre de la batalla, el fuego, el amor, la revolución, el Espíritu Santo, etc. Es un símbolo.

Cuando el hombre celebra algo, utiliza signos: «tiene usted la palabra», «queridos hermanos»:
(el discurso de un orador o la homilía de un sacerdote), pero utiliza sobre todo símbolos (la corona de flores en el monumento al soldado desconocido remite a otros significantes:

la muerte, la vida, el recuerdo, la gratitud, etc.; el banquete de bodas remite a otros significantes que son el cariño, la alegría, la vida una vez más;
la tarta de cumpleaños con velas que hay que apagar remite a la vida (¡el soplo!, al crecimiento, al pasado, al afecto, etc.).

Una casa de dos pisos

De hecho, esta distinción, por muy importante que sea, no siempre es tan clara. Si para el código de la carretera se ha escogido el color rojo, es porque es el más visible, pero también porque, al menos inconscientemente, evoca a la sangre.

Al revés, el símbolo es ante todo signo; me envía un mensaje: veo a un eclesiástico con sotana de púrpura y digo enseguida: «¡Es un cardenal!». Pero además la púrpura actúa sobre mí como un símbolo. En una ocasión unos jóvenes alumnos, llegan a clase gritando llenos de excitación: «Profe, hay una bandera roja en la fábrica de al lado», habían recibido el mensaje (la fábrica en huelga), pero su excitación demostraba que el color rojo actuaba sobre ellos por su simbolismo.

Es algo así como si en una casa la planta baja fuera el signo y el primer piso fuera el símbolo.

Otro ejemplo más sencillo: si en el extranjero una persona me invita a comer y no comprendo su mensaje (signo), tampoco puedo comprender que aquel hombre quiere ser mi amigo (símbolo).

Lo mismo podemos comprobar con el pan eucarístico, que debe ser primero pan (signo) para ser símbolo de una realidad muy distinta.

Gratuidad del símbolo

A diferencia del signo, el símbolo no es utilitario. Si nos repartimos una tarta, no es para alimentarnos; si ponemos encima unas velas, no es para que iluminen; si ponemos unas flores en un monumento, no es para adornarlo. Tampoco acudimos al altar para alimentar nuestro cuerpo. El símbolo no sirve para nada, los artistas y los poetas no sirven para nada, la liturgia no sirve para nada, al menos en el sentido utilitarista de nuestras sociedades de técnica y de consumo. El símbolo es gratuito.

Entre comillas...

Para que haya símbolo, hay que aislar un objeto, un gesto, una palabra de su contexto habitual. De pan están llenas las panaderías; y hay rosas a montones en los mercados de flores.

Pero resulta que un enamorado ofrece una rosa a la dama de sus pensamientos, que el presidente de la nación deposita una corona de rosas ante un monumento. Entonces la rosa se convierte en símbolo de otra cosa.

O resulta que unos hombres y unas mujeres se reúnen los domingos para ofrecer y comer un poco de pan; entonces el pan se convierte en símbolo, en sacramento de alguien.

Utilizar una cosa como símbolo consiste en ponerla entre comillas. Es utilizar un signo

(por ejemplo, la vela) apartándose de las normas habituales y cotidianas (la vela está hecha normalmente para iluminar) a fin de provocar una especie de shock.

El símbolo, creador de sentido

Cuando el gato maúlla a la puerta, es que quiere entrar; cuando el perro mueve la cola, es que está contento. Los animales más evolucionados también utilizan signos. Pero nunca símbolos.

En un signo, el sentido es limitado, está cerrado. El sonido «rosa» en castellano significa una especie concreta de flor, y el sonido «pan», «pain»,«bread» o «brot» significa, según las lenguas, el alimento que todos conocemos.

Con el símbolo, el sentido siempre es nuevo e ilimitado. Desde que existe la rosa, ha servido para expresar el amor, la vida (con sus sufrimientos, ya que «no hay rosa sin espinas»), la juventud (recoged la flor de vuestra juventud). El pan, incluso hoy en nuestros países en que tanto se ha devaluado (en otros tiempos tirar el pan era todavía «ofender a Dios»), simboliza todo lo que alimenta al hombre, el trabajo duro (ganarse el pan), la amistad (compartir el pan), las dificultades de la existencia (el pan duro), etc.

Como siempre que se evoca un simbolismo, hay que añadir un «etcétera». Es que nunca puede agotarse el sentido del símbolo.

Con los signos, todo está bien definido, etiquetado. Cada cosa en su sitio en los pequeños ficheros del conocimiento. Todo tiene un sentido concreto, único: un gato es un gato.

Con los símbolos, todo está abierto. Desde que el hombre existe, descubre siempre signos nuevos en los regalos que hace o en el pan que comparte.

Es verdad que con el símbolo quedan a veces las cosas en el aire, y a la gente amiga de clasificarlo todo no le gusta que queden las cosas por el aire, en medio de cierta ambivalencia: ese pan blando y sabroso que compartimos a gusto es también el pan duro que hay que roer, el vino de la fiesta es también el cáliz amargo, la rosa tiene sus espinas y los símbolos litúrgicos del agua y del fuego, si son fuentes de vida, son también fuerzas de destrucción.

Nunca es posible cuadricular un símbolo. Si alguien se empeñase en ello, lo mataría. Es que, a diferencia del signo, el símbolo es el lugar del reconocimiento.

Cuando faltan palabras

En las circunstancias más graves (emociones fuertes, alegría desbordante, pena profunda) recurrimos al símbolo; cuando «no encontramos palabras para decirlo», cuando la alegría o el dolor o la compasión fraterna son imposibles de expresar, cuando la proximidad de un gran misterio «nos corta el aliento», ¿qué otro recurso nos queda para comunicarnos con los demás? La presencia silenciosa, desde luego, pero ¿no es ella simbólica?, y sobre todo el gesto simbólico.

Recordad la parábola del hijo pródigo en Lc 15; fijaos en el padre; ¿qué es lo que hace para expresar su gozo inefable (es el centro de la parábola)? *«Corrió hacia él y le abrazó con cariño».* Luego dio órdenes para celebrar el acontecimiento: los vestidos, el anillo, el

calzado y sobre todo: *«Traed el carnero cebado, matadlo, comamos y alegrémonos».* Y hay música y baile. En todo esto no vemos ningún discurso, a no ser para señalar el motivo de la fiesta: *«Mi hijo estaba muerto y ha vuelto a nacer».*

La simbolización es «el no va más del lenguaje». Entonces se comprende por qué la celebración cristiana, más que cualquier otra celebración humana, se expresa por símbolos, ya que pretende significar lo Totalmente Otro, lo Inefable, lo Indecible, el Dios Invisible.

La palabra font color="canteen">sacramento (sacramentum) tiene varios significados en el lenguaje teológico. Está primero la palabra «misterio» (en griego myste-non), no en el sentido de algo más o menos incomprensible, sino en su sentido bíblico de *«proyecto de Dios»,* manifestado y realizado en Jesucristo (por ejemplo, en San Pablo: Rom 16, 25-26): lo que era visible en Cristo lo es ahora en los sacramentos.

Por eso, la palabra sacramento se define también como un signo que produce la gracia que significa. Por tanto, habría que hablar más bien de símbolo, o más exactamente de signo simbólico.

La liturgia es a la vez signo y símbolo. Es un signo en el sentido de que remite al último significado, que es Dios. Cuando «pase la figura de este mundo», ya no necesitaremos significantes, puesto que «veremos a Dios tal como es», como dice la liturgia (1 Jn 3, 2).

Pero también es símbolo. Todo lo que en ella hacemos remite a Cristo, el significante de Dios, «imagen del Dios invisible» (San Pablo).

La «mezcla de los símbolos»

Si aproximamos en el tiempo y en el espacio varios símbolos, de su relación brotarán nuevas significaciones.

Un ejemplo muy sencillo: el ramo de flores sobre una tumba, o en una mesa o en el vestíbulo de una casa.

2. Los hombres se reconocen

En la palabra símbolo se esconde la idea de «poner juntos».

«Lo reconocieron al partir el pan»

El símbolo es una especie de pase; un encuentro entre dos personas.

El símbolo nos pone en relación. Cuando fui a comprar pan a casa del panadero, mi relación con él casi no existía, o por lo menos no tenía nada que ver con mi compra. Estábamos en el nivel del signo y lo que importaba era el mensaje.

Cuando parto el pan (o reparto la comida) con algunos amigos, entro en relación con ellos. Entonces, la relación es más importante que lo que se comunica. El signo pertenece al orden del conocimiento, el símbolo al del reconocimiento.

Gracias al símbolo, uno se reconoce a sí mismo (se encuentra uno en él) y se reconocen varios mutuamente (hay algo que les liga). «Lo reconocieron en la fracción del pan», nos dice san Lucas a propósito de los discípulos de Emaús... Seguramente, por este gesto se reconocieron también a sí mismos como discípulos del crucificado-resucitado, ya que se hicieron portadores de la buena nueva volviendo a Jerusalén, al lugar de la prueba.

Un medio de identificarse

El símbolo tiene siempre una dimensión social.

Todo movimiento político, cultural, educativo, toda agrupación humana se identifica por medio de prácticas simbólicas. Estas permiten al individuo integrarse en el grupo y permiten al grupo diferenciarse, situarse en relación con el resto de la sociedad.

De esta manera, el cristiano se reconoce miembro de la iglesia, comulgando del cuerpo de Cristo o proclamando el símbolo (¡fíjate!) de los apóstoles.

Al reunirse regularmente, la asamblea misma es también un símbolo. El grupo se distingue, se *«sitúa»* frente al resto de la humanidad.

Y así es como los hombres nos reconocen: saben que «vamos a misa». Es lógico que a ellos el símbolo no les hable como a nosotros. Recordemos además las palabras del Señor:*«Amaos unos a otros...; por este signo reconocerán que sois discípulos míos».*

Veremos cómo el símbolo tiene que ir a la par con la existencia de cada día, pero ¿acaso amar a los hermanos es suficiente para reconocernos (¡también hacen eso los paganos!) sí el mandamiento del amor no se reconoce además a través de una simbolización? La liturgia, es indispensable para que los otros nos reconozcan y para que nosotros mismos, los cristianos dispersos por todo el mundo, nos reconozcamos mutuamente «como discípulos suyos».

Distintos, pero unánimes

Mientras que el signo arroja un rayo de luz muy fino sobre un punto concreto de la realidad, el símbolo amplía los horizontes. Como demuestra la experiencia, una misma celebración es vivida a la vez de forma unánime y diferente por las personas que participan en ella. Unas bodas de oro son vividas de manera distinta por los viejos esposos, por sus hijos, por sus nietos o por algún pariente que acaba precisamente de perder a su esposa. Eso mismo lo experimentamos también cuando en un equipo litúrgico se habla de una celebración pasada: vemos con sorpresa que incluso quienes la programaron la vivieron de manera distinta.

Esto se debe entre otras cosas a que el símbolo se sitúa en el nivel de la relación con unas personas que son totalmente diferentes y que viven unas situaciones diferentes. Por otra parte, una misma persona descubre distintos sentidos en la misma celebración vivida varias veces: cuando comulgo, un domingo vivo más la comunión con Cristo que sufre, otro domingo vivo más la comunión con el resucitado, otro me siento más unido a mis hermanos. Está claro que siempre están presentes todos estos sentidos, pero lo que vivo en cada ocasión me hace más sensible a unos que a otros.

El símbolo no es subjetivo ni objetivo.

Ni subjetivo, en el sentido de que cada uno pueda ver en él lo que quiera, puesto que siempre hay un núcleo de sentido unánime; ni objetivo, ya que la significación no es nunca automática. El símbolo es relación. Es experiencia.

Es posible comprobarlo en la liturgia. Cuando al salir de una misa oís decir a la gente joven: *«ha estado bien»,* y a los mayores: *«una misa muy bonita»*, seguro que las cosas han funcionado bien bajo el aspecto del símbolo. Y estoy convencido, por propia experiencia, de que hasta los niños acuden con gusto a la liturgia de una comunidad parroquial cuando hay una buena actuación simbólica. Si no van, si se aburren, puede ser por dos motivos: porque no están suficientemente evangelizados (como suele ser, por desgracia), o porque la liturgia se reduce a discursos (y también esto es frecuente); los niños, lo mismo que los poetas y los artistas, están abiertos naturalmente al lenguaje simbólico.

La totalidad del hombre

Si unifica a los hombres entre sí, el símbolo unifica también a todo el hombre. En efecto, a diferencia del signo que concierne esencialmente a nuestra facultad de conocimiento, el símbolo afecta a todo el hombre: a su inteligencia, desde luego, pero también a sus sentimientos, a su afectividad, a su imaginación, a todo su cuerpo.

Hablaremos luego de la importancia del cuerpo en la liturgia, pero observemos -ya que en la acción simbólica, y por tanto en la liturgia, hay primero unas cosas que ver, que oír, que tocar, que saborear, que sentir; y hay unos desplazamientos corporales en el espacio y unos gestos. Es lo que indicaba el catecismo de nuestra infancia cuando hablaba de «signos sensibles». El símbolo nos capta por entero.

Una oportunidad que se ofrece

Como habla al hombre por entero, como es vínculo, reconocimiento, pacto, alianza entre los hombres (y entre los hombres y Dios en lo que atañe a la liturgia), el símbolo es experiencia de relación.

En la relación, cada uno es libre. Libre de entrar en ella o de salir, libre de acoger el sentido. Cada uno puede seguir siendo lo que es y vivir en verdad la relación.

El símbolo es una proposición. A diferencia del signo, nunca es posible dominar los efectos del símbolo. Se pueden programar símbolos, pero no se puede programar lo que ocurrirá en el ánimo de los participantes. Más bien es él el que nos puede dominar a nosotros. El símbolo es siempre una oportunidad que se ofrece, una oportunidad abierta. Confiemos en él.

3. La experiencia simbólica

Acceder a la realidad

Formar cuerpo con toda la realidad

El mundo tiene necesidad de artistas y de poetas. Por desgracia, no es difícil adivinar lo que sería una sociedad que creyese tan sólo en la ciencia y en la técnica. La pura inteligencia no permite acceder más que a una parte de lo real. El poeta, el artista, el hombre espiritual toman otros caminos y pueden llegar a captar una realidad mucho más amplia, mucho más alta y mucho más profunda, no cuantificable, difícil de definir; ellos son los exploradores del sentido. Por eso a menudo desconciertan a los demás...

El autor del Génesis era un poeta a su modo. La organización del universo, tal como él lo describe y como lo concebían las cosmogonías contemporáneas, hace ya tiempo que se ha superado (ya Voltaire se reía de ella). Pero el sentido de esa creación sigue siendo verdadero. Y nunca acabaremos de descubrirlo...

El poeta, el artista, la liturgia no intentan ante todo entregarnos un mensaje, sino que nos invitan a una experiencia. Nos dicen: *«Dejaos llevar por mi poema, por mi cuadro o por mis ritos y penetraréis en un mundo que vuestros ojos no pueden ver ni vuestra pura inteligencia comprender».* Y el teólogo más sabio tiene que pasar por la experiencia simbólica para vivir ese Dios que no cesa de escudriñar con su inteligencia. «Te doy gracias, Padre, por haber ocultado esto a los sabios y entendidos y habérselo revelado a los más pequeños». ¿No hay que tener un alma de niño para acoger la experiencia simbólica? ¿No se dice, para exaltar la alegría de una fiesta: *«nos hemos divertido como críos»*? Capacidad de asombro, de salir de nuestras casillas, de atreverse a hacer gestos que, vistos desde fuera de la experiencia, pueden parecer pueriles o locos. El símbolo es una puerta abierta a la realidad, con tal de que uno se deje llevar por él.

La liturgia dice y hace

Cuando el día de la madre, un niño ofrece a su madre un regalo o unas flores, con este gesto le expresa su amor y su gratitud.

Como hemos dicho ya, en el símbolo hay una parte de mensaje, de signo, de información. Pero eso no es lo esencial. Cuando un enamorado dice a su chica: *«Te quiero»*, no se trata de una información (ella no le responde: *«Ya lo sé, me lo has dicho mil veces»*; eso sería preocupante). Ejemplo de palabra simbólica (que es más bien acción que palabra, como veremos en el capitulo siguiente); al decir esto, el amor crece, toma forma. Esa palabra dice, pero sobre todo *«hace»* amor.

Cuando recibo el pan consagrado, me dicen: «El cuerpo de Cristo». Admirable onda de la fórmula, porque puedo entender: «Si, de acuerdo, este pan es el cuerpo de Cristo», o también: «Nosotros somos el cuerpo de Cristo». Pero sobre todo, cuando recibimos el cuerpo de Cristo, nos hacemos un poco más miembros de ese cuerpo. El símbolo (el sacramento) produce en mí lo que significa. En ese gesto y esa palabra (signos simbólicos) hay una teología (del orden del signo); casi podría decirse que hay sobre todo una operación, una transformación.

El símbolo me permite entonces acceder a una realidad, que actúa esencialmente sobre mí, en mí mismo.

Finalmente, el símbolo hace presente la realidad. En el nivel de los signos, puedo pronunciar las palabras de regalo, de ramo de flores, de amor, de gratitud, sin hacer por ello que existan esas realidades.

En el registro simbólico, por el contrario, el hecho de ofrecer un regalo, unas flores (si se hace esto de verdad, como es lógico), da existencia a las realidades del amor y de la gratitud. El hecho de recibir el pan consagrado hace existir la realidad de la comunión con Cristo. El hecho de ser bautizado me hace miembro de Cristo.

¡Cuidado! No se trata de una comparación: te hago un regalo *lo mismo* que tú me amas, yo me uniré a Cristo *lo mismo* que el pan se une a mi cuerpo, yo me uniré a mis hermanos *«como los granos de trigo se unen en una sola hostia»,* yo me sumergiré en el agua como Cristo en la muerte. Es evidente que existe este aspecto de comparación, pero hay algo mucho más fuerte que eso.

La realidad significada no está *«al lado»* (parábola), sino que está unida (símbolo) al significante. En un puro mensaje, el signo tiende a borrarse, una vez que ha transmitido el mensaje. Por el contrario, el símbolo y la realidad coexisten. Es preciso que el símbolo permanezca, para que la realidad sea significada.

Volvamos al ejemplo del bautismo: yo no me sumerjo en el agua como Cristo en la muerte, sino que, al hundirme en el agua, me sumerjo en la muerte de Cristo para salir vivo de allí. *«La verdad del bautismo, como la de todo sacramento, sólo se hace* en el seno de la *acción simbolizante* y según *ésta».* Es verdad que intentamos vivir la realidad de nuestro bautismo a lo largo de toda nuestra vida *«mojándonos»* en la cruz, no dudando en sumergirnos con él en la lucha de la vida contra la muerte; pero esto no impide que sea en el acto del bautismo donde esta inmersión es más real.

Una realidad oculta y revelada

Nuestro Dios es a la vez un Dios oculto, Dios-silencio, el gran ausente, y el Dios revelado, manifestado, Dios-palabra, el gran presente. Palpamos esta verdad paradójica en el misterio mismo de Jesús. Al mismo tiempo, Jesús revela al Padre («el que me ve, ve al Padre») y oculta a Dios; es piedra de tropiezo, escándalo para los judíos creyentes. Para descubrir a Dios en él, era preciso confiar en él, poner en él la fe, dejarse llevar por él.

Lo mismo ocurre con la acción litúrgica y sacramental. Nos oculta y nos revela al mismo tiempo el misterio de Dios. Hay que dejarse llevar por ella o, mejor dicho, por Cristo que, en la fe de la iglesia, actúa a través de ella.

Nuestro cuerpo

Rigurosamente hablando, es posible prescindir de todos los objetos para celebrar algo; pero nunca se puede prescindir del cuerpo. El mundo occidental en con-junto ha postergado el cuerpo a segunda fila y ha ensalzado la inteligencia, la cerebralidad (de ahí, por reacción, el éxito de las técnicas orientales). Algunos atribuyen esta desconfianza del cuerpo a toda una tradición judeo-cristiana; no han leído nunca la Biblia, ni cantado los salmos en los que siempre está presente el cuerpo. Ha sido salvado todo el hombre, cuerpo y alma: «Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, lo que han tocado nuestras manos del Verbo de vida,... es lo que os anunciamos» (1 Jn 1, 1-3).

Pues bien, nuestro cuerpo es el primero que se ve afectado por la acción simbólica, ya que es el lugar de la relación, relación con la creación (sobre todo en el espacio), con los

demás, con Dios. No hay más que observarlo: nuestras actitudes, nuestros gestos, nuestras miradas y hasta el timbre de nuestra voz se modifican según la relación que tenemos con lo que está fuera de nosotros.

Si queremos entrar o ayudar a que los otros entren en relación con Dios, tenemos que atender a nuestro cuerpo. Podemos preocuparnos de los cantos, de la oración que hay que rezar, del texto que hay que leer, pero nos quedamos fuera de las cosas, si no nos implicamos corporalmente en ellas. Nos olvidamos de que cantar es un gesto de todo el cuerpo, de que se trata ante todo de rezar, de que hay que proclamar un texto haciéndolo pasar antes por mi soplo y por mi voz, etc.

Hacer es decir. Cuando un amigo está sufriendo, un estrechón de manos o un abrazo nos acercan más a él que cualquier palabra. Nuestros gestos hablan más que nuestras palabras. También en la liturgia, lo que hacemos pesa más que todas nuestras palabras. Podemos predicar hasta quedar roncos que la iglesia no es sólo la jerarquía, pero si de hecho en nuestras asambleas todo está clericalizado, hablaremos en vano. Podemos regocijarnos con palabras tales como comunidad fraterna y comunión; si de hecho la asamblea no hace esta comunidad, reuniéndose por ejemplo en vez de estar dispersa por los bancos, si nadie se digna mirar a su vecino, nuestras palabras serán vanas. Por eso la iglesia ha visto siempre en su liturgia eso que los especialistas llaman un «lugar teológico», es decir, un «sitio» que nos enseña algo sobre la fe cristiana.

III. Celebrar la liturgia

Teología de la Celebración

Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia (SC 26)

1. Generalidades

El hombre por naturaleza es un ser celebrante y es ésta una de sus manifestaciones que lo aproximan a su plena realización: el hombre no puede dejar de celebrar, si lo hace mutilaría algo de sí, dejaría de ser él mismo. Pero ¿qué tiene que ver la celebración con el hombre? Tiene que ver mucho, pues ella se basa en la dimensión expresiva y festiva del hombre, dimensión innata y esencial en él.

El hombre es un "animal religioso", está religado al Absoluto (vive una constante relación con Dios), que lo llama a religarse también con "los otros". Los hombres construyen de esta manera un sistema solidario de creencias (religión) para religarse con "el totalmente Otro". Esta religación la ejecutan desde la celebración, pues el hombre quiere celebrar siempre el encuentro de gozo con el Absoluto, fin y verdad de su existencia.

Desde la fe podemos reafirmar lo anterior, ya que el hombre celebra el encuentro gozoso con aquel que lo ha salvado y creado. Este acto celebrativo de la fe se da desde la Liturgia, haciéndose acto significativo, ritual y festivo dentro de un lugar y de un tiempo concreto.

El Concilio Vaticano II recordó que las acciones litúrgicas pertenecen a la Iglesia y tienen como sujeto a todo el Pueblo de Dios (cf. SC 26). El Catecismo de la Iglesia Católica utiliza también esta categoría en el título de la segunda parte, y dedica a este concepto un capítulo (cf. CEC 1135-1209).

Entonces, para que la Liturgia sea una Celebración, es necesario que asuma y transforme la vida, y para ello tener una comunidad viva, porque participa de la vida, es decir, es solidaria con "los gozos y esperanzas, tristezas y angustias" de nuestro pueblo. Sólo una comunidad solidaria con la historia, que vive inserta en el proceso del país podrá rezar válidamente sin alienación.

La celebración tiene como núcleo central el Misterio Pascual del Señor. Este Misterio Pascual del Señor debemos descubrirlo y celebrarlo en nuestra historia, pues Él nos salvó en la historia y nos sigue salvando en ella.

2. Aproximación al Concepto de Celebración

Desde la etimología "celebrar" y "celebración" proceden del latín (celebrare-celebratio), lo mismo que el adjetivo "célebre" (céleber). Desde el punto de vista etimológico significan lo mismo que frecuentare, es decir, el acto de reunirse varias personas en un mismo lugar. Celebrar implica siempre una referencia a un acontecimiento que provoca un recuerdo o

un sentimiento común. Célebre es no sólo el lugar frecuentado para la reunión, sino también el momento de la reunión, y naturalmente el hecho que la motiva.

En el lenguaje común latino estas palabras tenían como objeto las fiestas paganas, los juegos del circo y los espectáculos en general, con un evidente matiz popular, comunitario e, incluso, religioso. La palabra celebrar y sus derivadas se cargaron de acepciones honoríficas, para con los dioses y para con los hombres que eran venerados –por ejemplo, los héroes de la guerra o los atletas-, aludiendo también a las manifestaciones externas del honor y la veneración (boato, solemnidad, etc.).

1. Desde la antropología

- La Celebración es un acontecimiento social y comunitario.
- Es un medio de relación y encuentro.
- La Celebración crea apertura y provoca un acercamiento sobre la base de unos ideales o de unos intereses comunes.
- Es un factor de unificación de un grupo en orden a compartir una misma experiencia estética, religiosa o política, o para adoptar un determinado compromiso. Por lo tanto es un factor educativo y catalizador moral de un grupo.
- La celebración quiere ser algo vivo, no aprisionado por una lógica fría y desencarnada (el texto y la ceremonia son un medio al servicio de los fines de la celebración).
- Celebrar es sinónimo de «hacer fiesta», o sea, jugar en el sentido más positivo de este término. Por eso celebrar es una actividad libre, gratuita, desinteresada, inútil, es decir, no utilizable con fines extrínsecos, aunque llena de sentido y orientada a poner en movimiento las energías del espíritu y la capacidad de trascender lo inmediato y ordinario para abrirse a la belleza, a la libertad y al bien. Celebrar es presentimiento y anticipo de la eternidad.

2. Desde la Teología de la liturgia

Los valores humanos de la celebración se suman a los específicos de la liturgia cristiana.

- La celebración tiene una dimensión actualizadora de la salvación. La celebración no es un mero recordar, sino presencia “eficaz” de Dios. Es una epifanía del amor de Dios sobre los hombres.
- La celebración tiene una dimensión escatológica. “En la liturgia terrena pregustamos y participamos de la liturgia celestial” (SC 8). Es el “ya, pero todavía no”.
- La celebración tiene una dimensión comunitaria y eclesial. La celebración es una acción de Cristo y su Pueblo, jerárquicamente ordenado, es decir, de Cristo Cabeza y de los miembros de su Cuerpo. La celebración es causa y manifestación de la Iglesia. De esta manera la celebración litúrgica incide en la misión y en la pastoral de la Iglesia; en la vida social y política.

El fin primario de la celebración es la actualización en Palabras y Gestos, de la salvación que Dios realiza en su Hijo Jesucristo por el poder del Espíritu Santo. En la celebración se evoca para que se haga presente la salvación (vida, pasión, muerte y resurrección de Cristo) en sus acontecimientos. El verbo celebrar traduce la expresión bíblica hacer memoria

3. Definición y aspectos de la celebración

Sumando los factores antropológicos y teológicos que configuran la celebración, se puede llegar a una definición de este fenómeno social tan complejo.

- Debemos rescatar el carácter de "acción total", tanto a nivel personal y social que posee la celebración. Por lo tanto, la celebración tiene una dimensión ritual: celebrar es actuar ritualmente, de manera significativa, movidos por un acontecimiento. En este sentido la celebración es la liturgia de la acción. Desde este punto de vista la celebración posee cuatro componentes: el acontecimiento que motiva la celebración, la comunidad que se hace asamblea celebrante, la acción ritual y el clima festivo que lo llena todo.
- La celebración es "manifestación de una presencia salvadora que comunica la salvación". La celebración de esta manera posee una dimensión mistérica. Ella responde a la "liturgia como misterio" (presencia y actuación de Dios en la historia).
- La celebración "afecta a toda la existencia" orientándola y convirtiéndola en ofrenda grata a Dios. La celebración, por lo tanto, posee una dimensión existencial. La celebración responde a la "liturgia como vida". En la celebración se hace símbolo y gesto la realidad cotidiana de una existencia convertida en culto al Padre en el Espíritu y la Verdad, santificada precisamente en la celebración. Por eso podemos decir que la liturgia es "fuente y cima" de la vida cristiana (cf. LG11; SC 10).

En consecuencia podemos llegar a una definición de la celebración y diremos que es el momento expresivo simbólico, ritual y sacramental en el que la liturgia se hace acto que evoca y hace presente, mediante "palabras y gestos", la salvación realizada por Dios en Jesucristo con el poder del Espíritu Santo.

V. La Palabra de Dios vivida en la liturgia

«La importancia de la Sagrada Escritura en la celebración de la liturgia es sumamente grande, puesto que de ella se toman las lecturas que luego se explican con la homilía y los salmos que se cantan» (SC 24)

1. Generalidades

La Palabra de Dios ocupa un puesto preeminente en la celebración litúrgica, pues es vital para la comunidad cristiana: *«la Iglesia se edifica y crece escuchando la Palabra de Dios»* (OLM 7: Ordenación de las Lecturas de la Misa, 1981, 2ª. edición típica). Por eso *«la Iglesia siempre ha venerado las Sagradas Escrituras como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues sobre todo en la sagrada liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece en la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo»* (DV 21).

En el Concilio fueron los documentos sobre la revelación (DV: Dei Verbum), sobre la Iglesia (LG: Lumen Gentium) y la liturgia (SC: Sacrosanctum Concilium) los que más subrayan esta renovada estimación hacia la Palabra. En el magisterio posterior destacan en este sentido documentos como "La Evangelización en el mundo contemporáneo" (EN: Evagelii Nuntiandi), de Pablo VI en 1975; "La catequesis en nuestro tiempo", de Juan Pablo II en 1979 (CT: Catechesi Tradendae); "La misión del redentor", de Juan Pablo II en 1990 (RM: Redemptoris Missio). Cf. También las páginas de Juan Pablo II dedicada a la palabra de Dios en sus cartas "Vicesimus Quintus annus" de 1988, n. 8; "Dominicae Cenae", de 1980 n. 10 y recientemente en su Carta apostólica, , "Dies Domini", n. 39-41, del 31 de mayo de 1998, sobre la santificación del domingo.

En el centro de la comunidad cristiana se encuentra siempre el misterio pascual de Jesucristo. Este acontecimiento central y cualquier otro aspecto de la economía salvífica se convierte en objeto de una celebración litúrgica desde el momento en que son anunciados, proclamados y celebrados en la Liturgia de la Palabra.

Por lo tanto, queremos resaltar en este tema la importancia de la lectura-proclamación de la Palabra divina como fundamento del diálogo entre Dios y su Pueblo y uno de los modos de la presencia de Cristo en la Liturgia.

2. La Sagrada Escritura vivida en la Historia

Antes de ver el proceso de la Palabra de Dios celebrada en la historia debemos resaltar el hecho que, todas las liturgias de Oriente y Occidente han reservado un puesto privilegiado a la Sagrada Escritura en todas sus celebraciones. La versión de los LXX fue el primer libro litúrgico de la Iglesia (cf. 2 Tim 3,15-16).

El aprecio y la celebración de la Palabra de Dios ya era un valor heredado de los judíos: desde las grandes asambleas del AT, para escuchar la palabra (Ex 19-24, Neh 8-9) y la estructura de la celebración en el culto sinagogal, centrado en las lecturas bíblicas y en la oración de los salmos. Era fácil de ahí el paso a la celebración cristiana, con la conciencia de que Dios, que había hablado a su pueblo por boca de los profetas, ahora nos ha

dirigido su palabra por medio de su Hijo (cf. Heb 1,1-2), la Palabra hecha persona (Jn 1,14).

El propio Jesús, que citaba las Escrituras del Antiguo Testamento, aplicándolas a su persona y a su obra, no solamente mandó acudir a la Biblia para entender su mensaje (Jn 5, 39), sino que, además, nos dio ejemplo ejerciendo el ministerio del lector y del homileta en la sinagoga de Nazareth (cf. Lc 4,16-21) y explicando a los discípulos de Emaús «cuanto se refería a Él comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas» (cf. Lc 24,27), antes de realizar la «fracción del pan» (cf. Lc 24,30). En efecto, después de la resurrección hizo entrega a los discípulos del sentido último de las Escrituras, al «abrirles las inteligencias» para que las comprendiesen (cf. Lc 24,44-45).

Hacia el año 155, en Roma, San Justino dejó escrita la más antigua descripción de la eucaristía dominical. La celebración comenzaba con la Liturgia de la Palabra (cf. San Justino, I Apología 67). Es muy probable que, desde el principio, la liturgia cristiana siguiera la práctica sinagogal de proclamar la Palabra de Dios en las reuniones de oración y en particular en la Eucaristía (cf. Hch 20,7-11). Por otra parte, es fácilmente comprensible que, cuando empezaron a circular por las Iglesias los «los recuerdos de los Apóstoles», su lectura se añadiese a la del Antiguo Testamento. Más aún, muchas de las páginas del Nuevo Testamento han sido escritas después de haber formado parte de la transmisión oral en un contexto litúrgico.

La proclamación de la Palabra es un hecho constante y universal en la historia del culto cristiano, de manera que no hay rito litúrgico que no tenga varios leccionarios, en los que ha distribuido la lectura de la Palabra de Dios de acuerdo con el calendario y las necesidades pastorales de la respectiva Iglesia.

3. **La Sagrada Escritura en la teología del Vaticano II**

El Concilio Vaticano II no dudo en referirse a los leccionarios de la Palabra de Dios como tesoros bíblicos de la Iglesia, disponiendo que se abriera con mayor amplitud (SC 51; cf. 92). En este sentido el Concilio afirmó también la importancia de la Sagrada Escritura en la Celebración de la liturgia (cf. SC 24).

Esta abundancia obedece a la convicción de la presencia del Señor en la Palabra proclamada. *«En efecto; en la Liturgia Dios habla a su pueblo y Cristo sigue anunciando el Evangelio. Y el pueblo responde a Dios, ya con el canto ya con la oración.»* (SC 33). La Iglesia sabe que, cuando abre las Escrituras, encuentra siempre en ellas la Palabra divina y la acción del Espíritu, por quien la *«voz del Evangelio resuena viva en la Iglesia»* (DV 8; cf. 9, 21).

La Palabra leída y proclamada en la liturgia es uno de los modos de la presencia del Señor junto a su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica : *«Está presente con su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura»* (SC 7). En efecto, la Palabra encarnada «resuena» en todas las Sagradas Escrituras, que han sido inspiradas por el Espíritu Santo con vistas a Cristo, en quien culmina la revelación divina (cf. DV 11-12; 15-16, etc.).

La misma homilía, cuya misión es ser *«una proclamación de las maravillas obradas por Dios en la historia de la salvación o misterio de Cristo: misterio, que está siempre*

presente y activo en nosotros, particularmente en las celebraciones litúrgicas.» (SC 35,2; cf. 52), goza también de una cierta presencia del Señor, como afirma el papa Pablo VI: *«(Cristo) está presente en su Iglesia que predica, puesto que el Evangelio que ella anuncia es la Palabra de Dios y solamente se anuncia en el nombre, con la autoridad y con las asistencia de Cristo...»* (cf. Mysterium Fidei , n. 20).

4. **El leccionario, dinamismo celebrativo de la Palabra de Dios**

Se llama leccionario al libro que contiene un sistema organizado de lecturas bíblicas para su uso en las celebraciones litúrgicas, aunque también se aplica al de las páginas patrísticas del Oficio de Lecturas (antiguo oficio de Maitines, hoy celebración basada en una más abundante meditación de la Palabra de Dios que puede hacerse a cualquier hora del día [cf. OGLH 55]), y que mantiene no obstante, el carácter nocturno de la liturgia coral [cf. SC 88]).

Como ya hemos intuido, la comunidad cristiana al principio leía directamente la Biblia, con amplia libertad de elección, «mientras el tiempo lo permite», como decía el año 150 San Justino. Pero pronto se vio la conveniencia de una selección de lecturas para los diversos tiempos y fiestas. Según el modo de indicar las varias perícopas o unidades de lectura bíblica este libro se fue llamando «capitulare», que señalaba las primeras y las últimas palabras de cada pasaje, o bien «comes» o «liber comitis» -en la liturgia hispánica «liber commicus»- (de «comma», sección, coma), en que constan las lecturas íntegras. Según los contenidos, más tarde se diversificaron el «epistolario» y el «evangeliario», cuando se organizaron por separado esas lecturas.

Las diversas familias litúrgicas de Oriente y Occidente fueron configurando con criterios de selección propios sus leccionarios. Casi siempre fueron fieles a las tres lecturas: el profeta, el apóstol y el evangelio, para la Eucaristía. Algunos de los más antiguos y famosos son el «Comes de Würzburg», el más antiguo en Occidente, y el Leccionario armenio de Jerusalén, en Oriente.

En la reforma del Vaticano II, una de las realidades que más riqueza ha aportado a la celebración son los nuevos Leccionarios. Antes teníamos un «misal plenario», con lecturas y oraciones juntas. Ahora el Misal Romano consta de dos libros: el Misal, que es el libro del altar o de las oraciones, y el Leccionario, el «Ordo Lectionum Missae» (=OLM). Este segundo está dividido en varios volúmenes: el leccionario dominical en tres ciclos, el ferial en dos, el santoral, el ritual para los sacramentos, el de las misas diversas y votivas, siguiendo así la consigna del Concilio de ofrecer al pueblo cristiano una selección más rica y más variada de la Palabra de Dios (cf. SC 51). La primera edición latina del nuevo Leccionario apareció en 1969. En 1981, al publicarse la segunda, se enriqueció notoriamente su introducción.

Hay Leccionario bíblico también para el Oficio de Lectura de la Liturgia de las Horas, con la peculiaridad de que, además de la serie de lecturas que consta el libro oficial, se anunciaba ya desde el principio, aunque se ha tardado mucho en realizar oficialmente la idea, un leccionario bienal que permite leer íntegramente en dos años toda la Biblia, excepto el Evangelio, que se reserva para la Misa (cf. IGLH 140-158).

Para las misas con niños, su Directorio (DMN 43) sugiere a las Conferencias Episcopales que, si lo creen conveniente, confeccionen un Leccionario para estas Misas. Para las

cuarenta y seis Misas Votivas de la Virgen María (1987) también han aparecido los dos libros: el Misal con las Oraciones y el Leccionario.

El Leccionario usado en la celebración litúrgica debe ser digno, decoroso, que manifieste en su misma apariencia el respeto que a la comunidad cristiana le merece su contenido: la Palabra que Dios nos dirige (cf. OLM 35-37). Por eso se rodea de signos de aprecio: el que proclama el Evangelio besa el Libro, que antes se puede llevar en procesión al inicio de la Misa e incensar en días festivos, etc.

El leccionario proclamado, domingo tras domingo, o día tras día, a la comunidad cristiana, es el mejor catecismo abierto, que continuamente alimenta y ayuda a profundizar la fe (cf. OLM 61).

5. **El Salmo Responsorial parte integrante de la Liturgia de la Palabra**

Aunque el testimonio de Justino, en el siglo II, no nos habla todavía de un salmo intercalado, sabemos que es antiquísima su existencia, heredada en la liturgia judía. En tiempo de San Agustín era de uno de los elementos preferidos de la Liturgia de la Palabra: él mismo, en sus homilías, lo cita con frecuencia y a veces lo convierte en tema principal de sus palabras.

En los siglos posteriores se fue dando más importancia a la música que al texto del salmo y se fue complicando su realización, convirtiéndose en patrimonio de especialistas, con el canto gregoriano de los «graduales» y «tractos». En la actual reforma se ha ido clarificando el papel de este salmo en el conjunto de la celebración de la Palabra. Al principio a veces se llamó «canto interleccional», pero luego se prefirió más ajustadamente llamarlo «salmo responsorial»: primero porque no es un canto cualquiera, sino un salmo; y además, porque su forma de realización es responsorial, o sea, la comunidad va respondiendo con su estribillo o antífona, a ser posible cantada, a las estrofas que va recitando o cantilando el salmista. En la liturgia hispánica se llama «psallendum».

La OLM, el nuevo Leccionario, describe la finalidad y las modalidades de realización de este salmo responsorial (OLM 19,22 y 56). Se trata de dar a la celebración un tono de serenidad contemplativa: el salmo prolonga poéticamente y ayuda a la comunidad a interiorizar el mensaje de la primera lectura bíblica. Por eso debe ser dicho *«de la manera más apta para la meditación de la Palabra de Dios»* (OLM 22), sobre todo el canto, porque éste *«favorece la percepción del sentido espiritual del salmo y la meditación del mismo»* (OLM 21).

6. La Liturgia de las Horas

La Liturgia de las Horas, oración pública y común de la Iglesia, es la oración de Cristo con su Cuerpo, la Iglesia. Por su medio, el Misterio de Cristo, que celebramos en la Eucaristía, santifica y transfigura el tiempo de cada día. Se compone principalmente de Salmos y de otros textos bíblicos, y también de lecturas de los santos Padres y maestros espirituales.

Celebrar la Liturgia de las Horas exige no solamente armonizar la voz con el corazón que ora, sino también “adquirir una instrucción litúrgica y bíblica más rica especialmente sobre los salmos” (SC 90). Los signos y las letanías de la Oración de las Horas insertan la

oración de los salmos en el tiempo de la Iglesia, expresando el simbolismo del momento del día, del tiempo litúrgico o de la fiesta celebrada. La Liturgia de las Horas, que es como una prolongación de la celebración eucarística, no incluye, sino que acoge de manera complementaria las diversas devociones del Pueblo de Dios, particularmente la adoración y el culto del Santísimo Sacramento.

V. La liturgia en la economía de la salvación

La liturgia, con todo lo que le precede (la conversión y la fe) y con todo lo que le sigue (la vida moral-), es el modo actual de entrar en la corriente histórica de la salvación como realización del designio del Padre a favor de los hombres. La economía de la salvación revelada en la Sagrada Escritura como economía del misterio (cf. Ef 3,9) tiene su continuación en la economía sacramental (cf. CEC 1076; 1092).

Esto hace que se distingan momentos o tiempos sucesivos en la realización histórica del designio salvífico del Padre: la salva es una realidad que fue primero misterio escondido en el Padre, anunciado después por los profetas, cumplido en Cristo y dado a conocer por la predicación apostólica (cf. Rm 16,25-27; Ef 3,3-12; 1 Tim 3,16; SC 5-6; LG 2-4).

La liturgia, nos dice el Concilio Vaticano II, es el ejercicio del sacerdocio de Cristo (SC 7), es el sacerdocio de Cristo como hoy se ejerce en la Iglesia.

1. La Liturgia, síntesis de la historia salvífica

Se produce en la liturgia un modo nuevo de introducir a los hombres en la corriente de salvación. «Cristo actúa ahora por medio de los sacramentos, instituidos por él para comunicar su gracia» (CEC 1084; cf. 1115-1116). «En los sacramentos, Cristo continúa "tocándonos" para sanarnos» (CEC 1504). La liturgia, en la última etapa de la historia de la salvación, hace que «pregustemos y participemos en la liturgia celeste que se celebra en la cuidad santa, Jerusalén, hacia la que nos dirigimos como peregrinos» (SC 8; cf. LG 50). De este modo, fundiendo el pasado, el presente y el futuro, la liturgia aparece como momento síntesis de toda la historia salvífica y configura el tiempo de la Iglesia como la etapa última y definitiva de la salvación.

Salvar, desde Dios, no significa solamente que nos libera del mal, sino algo mucho más grande, nos quiere comunicar su propia vida, quiere que participemos de lo mismo que es él, su propia vida, su propia felicidad. Dios quiere salvar al hombre, al hombre individual, pero por medio de la comunidad. La salvación es una realidad actual, ya está la salvación con nosotros, Dios nos comunica su vida hoy, nos la acrecienta, alimenta, defiende, restaura. Hoy la salvación de Dios se vive en la fe, un día se manifestará en su plenitud.

2. La liturgia, obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo

La liturgia, en la historia de la salvación, es siempre don de divino a la Iglesia y obra de la SS. Trinidad en la existencia de los hombres.

«En la liturgia de la Iglesia, Dios Padre es bendecido y adorado como la fuente de todas las bendiciones de la creación y de la salvación, con las que nos ha bendecido en su Hijo para darnos el Espíritu de adopción filial.

La obra de Cristo en la liturgia es sacramental porque su Misterio de salvación se hace presente en ella por el poder de su Espíritu Santo; porque su Cuerpo, que es la Iglesia es como el sacramento (signo e instrumento) en el cual el Espíritu Santo dispensa el Misterio

de la salvación; porque a través de sus acciones litúrgicas, la Iglesia peregrina participa ya, como en primicias, en la liturgia celestial.

La misión del Espíritu Santo en la liturgia de la Iglesia es la de preparar la asamblea para el encuentro con Cristo; recordar y manifestar a Cristo a la fe de la asamblea de creyentes; hacer presente y actualizar la obra salvífica de Cristo por su poder transformador y hacer fructificar el don de la comunión en la Iglesia.» (CEC 1110-1112).

3. Celebrar la liturgia en la Iglesia

(CEC 1136 - 1186)

¿Quién celebra?

La Liturgia es "Acción" del "Cristo total", en consecuencia toda celebración litúrgica es obra de Cristo Sacerdote y de su Cuerpo, la Iglesia.

Los celebrantes de la Liturgia Sacramental son toda la comunidad unida a Cristo, su cabeza; pero todos los miembros no tienen la misma función (Rm 12,4; SC 48).

La Iglesia en la tierra celebra la liturgia como pueblo sacerdotal, en el cual cada uno obra según su propia función, en la unidad del Espíritu Santo: los bautizados se ofrecen como sacrificio espiritual; los ministros ordenados celebran según el Orden recibido para el servicio de todos los miembros de la Iglesia; los Obispos y presbíteros actúan en la persona de Cristo Cabeza.

En orden a ejercer las funciones del sacerdocio común de los fieles existen también otros ministerios particulares, no consagrados por el sacramento del Orden, y cuyas funciones son determinadas por los obispos según las tradiciones litúrgicas y las necesidades pastorales. Los acólitos, lectores, comentadores y los que pertenecen a la "schola cantorum" desempeñan un auténtico ministerio litúrgico. (SC 29)

En la liturgia terrena pregustamos y participamos en aquella liturgia celestial que se celebra en la ciudad santa, Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre, como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero.

¿Quién celebra la liturgia del cielo?

La liturgia del cielo la celebran los ángeles, los santos de la Antigua y de la Nueva Alianza, en particular la Madre de Dios, los Apóstoles, los mártires y "una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar de toda nación, razas, pueblos y lenguas" (Ap 7,9)

¿Cómo Celebrar?

La celebración litúrgica está tejida de signos y símbolos, cuyo significado, enraizado en la creación y en las culturas humanas, se precisa en los acontecimientos de la antigua Alianza y se revela en plenitud en la Persona y la obra de Cristo.

Algunos signos sacramentales provienen del mundo creado (luz, agua, fuego, pan, vino, aceite); otros, de la vida social (lavar, ungir, partir el pan); otros de la historia de la salvación en la Antigua Alianza (los ritos pascuales, los sacrificios, la imposición de manos, las consagraciones). Estos signos, algunos de los cuales son normativos e inmutables, asumidos por Cristo, se convierten en portadores de la acción salvífica y de santificación.

El mundo de la liturgia pertenece, no a las realidades que terminan en "-logia" (Teología, por ejemplo), sino en "-urgia" (dramaturgia, liturgia): Es una acción, una comunicación total, hecha de palabras, pero también de gestos, movimientos, símbolos, acción. Una celebración sacramental esta tejida de signos y símbolos.

- Signos: El signo no "es" lo que significa, sino que nos orienta, de un modo más o menos informativo, hacia la cosa significada. Ejemplo: El humo indica a existencia de fuego.
- Símbolo: No sólo nos informa sino que él mismo "es" ya de alguna manera la realidad que representa. Su acción produce comunicación, acercamiento. Ejemplo: El baño en agua, en el contexto Bautismal.

"Los mismos signos visibles que usa la sagrada Liturgia han sido escogidos por Cristo o por la Iglesia para significar las realidades divinas invisibles" (SC 33)

La Liturgia es pues una celebración y no una doctrina o una catequesis. El lenguaje simbólico es el que nos permite entrar en y con lo inaccesible: El Misterio de la Acción de Dios y de la Presencia de Cristo; es por ello de la importancia de los signos y símbolos en el modo de celebrar la liturgia.

El hombre es un ser fundamentalmente dependiente de la comunicación, sin embargo cuando pensamos en comunicación, de manera inmediata pensamos en la comunicación externa. «Nada hay en el entendimiento que no haya pasado primero por los sentidos». Si el pensamiento no se encarna en una acción corporal, pronto se hace extraño a la vida. Aquí es donde entra la necesidad absoluta de los signos para la comunicación humana. Dios mismo se comunica por medios de signos.

La inmensidad de signos por medio de los cuales Dios se nos ha comunicado está centrada y depende del signo principal definitivo de su comunicación: *CRISTO.*

En conclusión, Cristo, la Iglesia, la Liturgia y los Sacramentos, son los eslabones de esa cadena por la que Dios se comunica con nosotros y nosotros nos comunicamos con Él.

El signo en la liturgia tiene un doble contexto:

a. *El contexto de la cultura y del ambiente humano:* la liturgia con todos sus elementos significativos, se dirige a hombres concretos que forman asamblea. Estos hombres tienen una cultura y una mentalidad propias; tienen historia, costumbres, lengua y tradiciones propias. A estos hombres concretos debe llegar el mensaje evangélico. Este mensaje quedaría limitado o anulado, si no se reviste de los signos que esos hombres pueden captar.
b. *El contexto propio de la celebración cristiana:* por su naturaleza, la asamblea litúrgica, aun dentro de un ambiente cultural, se relaciona con otro contexto socio-cultural: el

de la Iglesia, que, por tener su propia historia, sobrepasa a las culturas particulares en el tiempo, y por ser universal, las sobrepasa en el espacio.

Sólo Cristo da el sentido verdadero a todos los signos litúrgicos. Cualquier signo, por el hecho de provenir del hombre y no ser algo natural, necesita ser conocido como tal. Es decir, es necesario aprender el signo y su uso, experimentarlo individual y comunitariamente.

¿Cuándo celebrar?

La santa Madre Iglesia considera que es su deber celebrar la obra de salvación de su divino Esposo con un sagrado recuerdo, en días determinados a través del año. Cada semana, en el día que llamó "del Señor", conmemora su resurrección, que una vez al año celebra también, junto con su santa pasión, en la máxima solemnidad de la Pascua (SC 102).

El año litúrgico es el desarrollo de los diversos aspectos del único misterio pascual. Esto vale muy particularmente para el ciclo de las fiestas en torno al Misterio de la Encarnación (Anunciación, Navidad, Epifanía) que conmemoran el comienzo de nuestra salvación y nos comunican las primicias del misterio de Pascua.

El centro del tiempo litúrgico es el domingo, día del Señor, fundamento y núcleo de todo el año litúrgico, que tiene su culminación en la Pascua anual, fiesta de las fiestas. A partir del "Triduo Pascual", como de su fuente de luz, el tiempo nuevo de la Resurrección llena todo el año litúrgico con su resplandor. De esta fuente, por todas partes, el año entero queda transfigurado por la liturgia. Es realmente "año de gracia del Señor" (cf Lc 4, 19). La economía de la salvación actúa en el marco del tiempo, pero desde su cumplimiento en la Pascua de Jesús y la efusión del Espíritu Santo, el fin de la historia es anticipado, como pregustado, y el Reino de Dios irrumpe en el tiempo de la humanidad.

"En la celebración de este círculo anual de los misterios de Cristo, la santa Iglesia venera con especial amor a la bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María, unida con un vínculo indisoluble a la obra salvadora de su Hijo; en ella mira y exalta el fruto excelente de la redención y contempla con gozo, como en una imagen purísima, aquello que ella misma, toda entera, desea y espera ser" (SC 103). Cuando la Iglesia, en el ciclo anual, hace memoria de los mártires y los demás santos "proclama el misterio pascual cumplido en ellos, que padecieron con Cristo y han sido glorificados con El; propone a los fieles sus ejemplos, que atraen a todos por medio de Cristo al Padre, y por sus méritos implora los beneficios divinos" (SC 104; cf 108 y 111).

¿Dónde Celebrar?

El culto "en espíritu y en verdad" (Jn 4,24) de la Nueva Alianza no está ligado a un lugar exclusivo, porque Cristo es el verdadero templo de Dios. Toda la tierra es santa y ha sido confiada a los hijos de los hombres. Cuando los fieles se reúnen en un mismo lugar, lo fundamental es que ellos son las "piedras vivas", reunidas para "la edificación de un edificio espiritual" (1 P 2, 4-5). El Cuerpo de Cristo resucitado es el templo espiritual de donde brota la fuente de agua viva. Incorporados a Cristo por el Espíritu Santo, "somos el templo de Dios vivo" (2 Co 6, 16).

El Pueblo de Dios, en su condición terrenal, tiene necesidad de lugares de oración donde la comunidad pueda reunirse para celebrar la liturgia. Los edificios sagrados son las casas de Dios, símbolo de la Iglesia que vive en aquel lugar e imágenes de la morada celestial. Son lugares de oración, en los que la iglesia celebra sobre todo la Eucaristía y adora a Cristo en el tabernáculo. Los lugares principales dentro de los edificios sagrados son estos. El altar, el sagrario o tabernáculo, el receptáculo donde se conservan el santo crisma y los otros santos óleos, la sede del Obispo (cátedra) o del presbítero, el ambón, la pila bautismal y el confesionario.

Finalmente, el templo tiene una significación escatológica. Para entrar en la casa de Dios ordinariamente se franquea un umbral, símbolo del paso desde el mundo herido por el pecado al mundo de la vida nueva al que todos los hombres son llamados. La Iglesia visible simboliza la casa paterna hacia la cual el pueblo de Dios está en marcha y donde el Padre "enjugará toda lágrima de sus ojos" (Ap 21,4). Por eso también la Iglesia es la casa de todos los hijos de Dios, ampliamente abierta y acogedora.

El lugar de la celebración según el Misal, debe ser apto para la realización de las acciones sagradas y para obtener una activa participación de los fieles. (Instrucción general del misal romano 253).

Existen tres cualidades para lograr un sitio adecuado para la celebración:

- *Noble Sencillez*: Tener buen gusto (sencillez no es igual a desorden)
- *Autenticidad*: Elementos auténticos (las flores)
- *Comodidad*: Cómodo y acoger el lugar de oración. (sillas cómodas, buena iluminación)

En el Templo Santo, la Casa de Dios, la verdad y la armonía de los signos que la constituyen deben manifestar a Cristo que está presente y actúa en este lugar (cf SC 7).

Las imágenes sagradas, presentes en nuestras iglesias y en nuestras casas, están destinadas a despertar y alimentar nuestra fe en el Misterio de Cristo. La imagen de Cristo es el icono por excelencia. A través del icono de Cristo y de sus obras de salvación, es a El a quien adoramos. A través de las sagradas imágenes de la Santísima Madre de Dios, de los ángeles y de los santos, veneramos a quienes en ella son representados. Las imágenes proclaman el mismo mensaje evangélico que la Sagrada Escritura transmite mediante la palabra, y ayudan a despertar y alimentar la fe de los creyentes. La contemplación de las sagradas imágenes, unida a la meditación de la Palabra de Dios y al canto de los himnos litúrgicos, forma parte de la armonía de los signos de la celebración para que el misterio celebrado se grabe en la memoria del corazón y se exprese luego en la vida nueva de los fieles.

Vocabulario

- Adoración (proskynêsis –postración-, latría): acto de culto reservado a Dios; y uno de los fines del culto a la Eucaristía fuera de la Misa; se expresa con el gesto de la genuflexión.
- Anamnesis (conmemoración, memorial): evoca los misterios de Cristo y contiene la ofrenda del sacrificio.

- Celebración: Es «hacer fiesta» (lo útil, imitación del hacer divino [jugar], afirmación de la vida, contrate entre el eros y thánatos). La liturgia en cuanto acción, o momento expresivo, simbólico y ritual de la evocación y actualización del misterio salvífico.
- Culto (colere, honrar): en general son los actos internos y externos de la religión; es la expresión concreta de la virtud de la religión, en cuanto manifestación de relación fundamental que une al hombre con Dios. Sus elementos son: sumisión, adoración, tendencia hacia Dios, dedicación o entrega a Dios, servicio religioso, y, las reacciones emocionales ante «lo tremendum» y «lo fascinante». El culto cristiano equivale a la liturgia de la Iglesia de Cristo.
- Dulía veneración=respeto digno): culto que le es debido a los santos. Economía salvífica (oikonomía, gobierno): plan de salvación revelado por Dios, cumplido en Cristo y realizado en la Iglesia (cf. Ef 1,3-14), por la liturgia (cf SC 5-7).
- Hiperdulía(super veneración): culto que le es debido a la Bienaventurada Virgen María.
- Latría: culto de adoración que le es tributado a Dios.
- Misterio: en la liturgia es el acontecimiento salvífico que es celebrado en los ritos sacramentales; en sentido global es el designio de salvación desplegado en la economía salvífica, una parte de la cual es la misma liturgia.
- Religión: es un sistema solidario de creencias y prácticas relativas a las cosas sagradas. Si bien los hombres han tenido, como parece, el sentido de las cosas sagradas o de lo divino, no siempre han tenido un “sistema solidario” para ocuparse de ellas, y menos aún una conciencia lúcida de sus propias actitudes al respecto.
- Rito: acción reiterada y significativa; acción litúrgica compuesta de gestos y palabras: ej. rito de entrada.
- Sacramentales: «son signos sagrados con los que, imitando de alguna manera a los sacramentos, se expresan efectos, sobre todo espirituales, obtenidos por la intercesión de la Iglesia. Por ellos, los hombres se disponen a recibir el efecto principal de los sacramentos y se santifican las diversas circunstancias de la vida» (CEC 1667).
- Sacramento: «son signos eficaces de la gracia, instituidos por Cristo y confiados a la Iglesia por los cuales nos es dispensada la vida divina. Los ritos visibles bajo los cuales los sacramentos son celebrados significan y realizan las gracias propias de cada sacramento. Dan fruto en quienes los reciben con las disposiciones requeridas » (CEC 1131).

VI. El Domingo, "El Día del Señor"

«Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que él se entregaba, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su cuerpo y Sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su venida, el Sacrificio de la Cruz y a confiar a su amada Esposa, la Iglesia, el memorial de su Muerte y Resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la futura gloria» (SC 47).

«Las dos partes de que consta. La Misa, a saber, la Liturgia de la palabra y de la Eucaristía están tan íntimamente unidas que constituyen un solo acto de culto. Por esto, el Sacrosanto Concilio exhorta con ardor a los pastores de almas para que, en la catequesis, instruyan con cuidado a los fieles sobre la participación en toda la Misa, especialmente en los domingos y fiesta de precepto» (SC 56).

« La Iglesia, por una tradición apostólica que comienza en el mismo día de la Resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón "día del Señor" o domingo» (SC 106)

" … Por lo tanto, de la Liturgia, sobre todo de la Eucaristía, se deriva hacia nosotros la gracia como de su fuente, y se obtiene con máxima eficacia la santificación de los hombres en Cristo y la glorificación de Dios, hacia la cual todas las demás obras de la Iglesia convergen como a su fin." (SC 10; cf LG 11; PO 5)

1. Generalidades

La celebración del misterio de Cristo en el curso del año aunque gira en torno a la máxima solemnidad de la Pascua, se apoya ante todo en el ritmo semanal marcado por el domingo. En efecto, el domingo es el día que recuerda la resurrección del Señor y la efusión del Espíritu Santo, y en el cual la Iglesia se reúne para celebrar la Eucaristía (cf. SC 6 y 106).

En este tema centraremos nuestra mirada sobre el Domingo, "Día del Señor" y sobre la Eucaristía "Sacramento de Unidad y Fuente y Cumbre de nuestra vida cristiana" (cf. LG 15; SC 10) y "Centro de Domingo" (cf. Dies Dómini, 31-53).

Nos inspiraremos en este tema del Domingo a partir de la reflexión que hace el Concilio Vaticano II al respecto, el Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica y la última carta de SS Juan Pablo II Dies Domini.

2. La Eucaristía, presencia real del Señor

Fuente y cima de toda la vida cristiana

La Eucaristía contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo. Los demás sacramentos están unidos y se ordenan a la Eucaristía.

La Eucaristía significa y realiza la comunión de vida con Dios y la unidad del Pueblo de Dios por los que la Iglesia es ella misma.

La Eucaristía es prenda de la gloria futura porque nos colma de toda gracia y bendición del cielo, nos fortalece en la peregrinación de nuestra vida terrena y nos hace desear la vida eterna, uniéndonos a Cristo, a la Iglesia del cielo, a la Santísima Virgen y a todos los santos.

" La Iglesia es en Cristo como un signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1)

El nombre de este sacramento

Eucaristía significa "acción de gracias". Las palabras griegas "eucharistein" y "eulogein", recuerdan las bendiciones judías que proclamaban las obras de Dios: la creación, la redención y la santificación (sobre todo durante la comida)

Presentamos también los principales nombres con que se le conoce a este sacramento:
· "Banquete del señor" . Se trata de la cena que el Señor celebró con sus discípulos (1 Co 11,20)
· "Santa Misa" Missio=envio (del verbo latino mitere=enviar) porque esta liturgia termina con el envío de los fieles.

"Fracción del Pan". Porque este rito, propio del banquete judío, fue utilizado por Jesús cuando bendecía y distribuía el pan como cabeza de familia (cf Mt 14,19), sobre todo en la última Cena (cf Mt 26,26).

En este gesto los discípulos lo reconocerán después de su resurrección (Lc 24, 23-35), y con esta expresión los primeros cristianos designaron sus asambleas eucarísticas (cf Hch2, 42.46).

Elementos que integran este sacramento

Como sabemos, todo sacramento es un signo sensible y eficaz de la gracia, por lo tanto, es preciso que los signos sean lo suficientemente expresivos y que sean siempre los mismos. Con esto último nos referimos a los que por voluntad de Cristo se han utilizado desde su institución.

El ministro de la Eucaristía es el sacerdote en grado del presbítero.

Los signos del pan y el vino:

En la antigua Alianza, el pan y el vino eran ofrecidos como sacrificio entre las primicias de la tierra en señal de reconocimientos al Creador.

En el Éxodo reciben una significación: los panes ácimos que Israel come cada año en la Pascua conmemoran la salida apresurada y liberadora de Egipto. El recuerdo del "maná" sugerirá a Israel que vive del Pan de la Palabra de Dios (Dt 8,3). El pan de cada día es el fruto de la Tierra Prometida y es muestra de la fidelidad de Dios a sus promesas.

El “cáliz de bendición”, al final del banquete pascual de los judíos, además de expresar la alegría festiva, tiene una dimensión escatológica, la de esfera mesiánica del restablecimiento de Jerusalén.

Cristo celebró la primera misa junto a los apóstoles en Jerusalén, un día antes de su muerte. Jesús al instituir su Eucaristía da un sentido nuevo y definitivo a la bendición del pan y del vino.

Al celebrar la última Cena con sus apóstoles en el transcurso del banquete pascual, Jesús dio su sentido definitivo a la Pascua judía, el paso de Jesús a su Padre por su muerte y resurrección, la nueva Pascua, es anticipada en la Cena y celebrada en la Eucaristía, que da cumplimiento a la Pascua judía y anticipa la pascua final de la Iglesia en la Gloria del Reino.

La Eucaristía es memorial de la Pasión y de la Resurrección del Señor, esto quiere decir que no es el simple recuerdo de este acontecimiento, sino que es la actualización de este único Sacrificio. Al vivir la Eucaristía participamos de este único acontecimiento redentor.

Los signos esenciales de este sacramento eucarístico son pan de trigo y vino de vid, sobre los cuales es invocada la bendición del Espíritu Santo y el presbítero anuncia las palabras del a consagración dichas por Jesús en la última cena: Esto es mi cuerpo entregado por vosotros… Este es el cáliz de mi Sangre….

Presencia real de Cristo en la Eucaristía:

Por la consagración se realiza la transubstanciación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Ocurre pues un cambio de sustancia (componente esencial de toda realidad que lo distingue de cualquier otra). Lo que era pan y vino dejan de serlo, por el poder de Dios, que todo lo puede, para convertirse en el Cuerpo y Sangre de Cristo. Sin embargo permanecen los accidentes (lo que acompaña la esencia de una realidad) y son el sabor, olor, color, etc, que no son sustanciales.

El modo de presencia de Cristo bajo las especies eucarísticas es singular. En el Santísimo Sacramento de la Eucaristía están “contenidos verdadera, real y substancialmente el Cuerpo y la Sangre junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo y, por consiguiente, Cristo entero”.

El desarrollo de la celebración (cf. IGMR 24-57)

La Eucaristía tiene dos partes principales: la Liturgia de la Palabra y la Liturgia de la Eucaristía. La primera es antecedida por los ritos iniciales y la segunda es sucedida por los ritos de conclusión.

- Los ritos iniciales o ritos de apertura comprenden: el canto que acompaña la procesión de entrada, el saludo al altar y a la asamblea, el rito penitencial las aclamaciones laudatorias (Señor ten piedad, y Gloria) y la oración colecta.
- La liturgia de la Palabra: primera lectura (tomada del Antiguo Testamento), salmo, segunda lectura (tomada del Nuevo Testamento), Evangelio, homilía, Credo, plegaria universal (peticiones).

- La liturgia eucarística: presentación de dones, plegaria eucarística, la cual concluye el prefacio, santo epíclesis, relato de la institución o consagración, anámnesis, oblación , intercesiones, doxología final. Luego continuamos con el Rito De Comunión: El Padre Nuestro, rito de la paz, fracción del pan, inmixtion, cordero de Dios, preparación privada del sacerdote, el sacerdote muestra a los fieles el pan eucarístico, comunión, Oración después de la comunión.
- Ritos Finales: bendición (envío), despedida.

3. Domingo, "el día del Señor"

Hemos considerado el esquema de una celebración dominical puesto que el domingo es el "Día del Señor".

Jesús resucitó de entre los muertos el primer día de la semana (Mt 28,1). Para los cristianos viene a ser el primero de todos los días, la primera de todas las fiestas, porque significa la nueva creación inaugurada por la resurrección de Cristo.

La celebración del domingo cumple la prescripción moral inscrita en el corazón del hombre, de *"dar a Dios un culto exterior, visible, público y regular bajo el signo de su bondad universal hacia los hombres"(CEC 2176).*

"El domingo en que celebra el misterio pascual, por tradición apostólica, ha de observarse en toda la Iglesia como fiesta primordial de precepto". (CIC can. 1246,1).

El Domingo en la perspectiva del CEC (1166 - 1167)

El día del Señor

"La Iglesia, desde la tradición apostólica que tiene su origen en el mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que se llama con razón `día del Señor' o domingo" (SC 106). El día de la Resurrección de Cristo es a la vez el "primer día de la semana", memorial del primer día de la creación, y el "octavo día" en que Cristo, tras su "reposo" del gran Sabbat, inaugura el Día "que hace el Señor", el "día que no conoce ocaso" (Liturgia bizantina). El "banquete del Señor" es su centro, porque es aquí donde toda la comunidad de los fieles encuentra al Señor resucitado que los invita a su banquete (cf Jn 21,12; Lc 24,30):

El día del Señor, el día de la Resurrección, el día de los cristianos, es nuestro día. Por eso es llamado día del Señor: porque es en este día cuando el Señor subió victorioso junto al Padre. Si los paganos lo llaman día del sol, también lo hacemos con gusto; porque hoy ha amanecido la luz del mundo, hoy ha aparecido el sol de justicia cuyos rayos traen la salvación (S. Jerónimo, pasch.).

El domingo es el día por excelencia de la Asamblea litúrgica, en que los fieles "deben reunirse para, escuchando la palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recordar la pasión, la resurrección y la gloria del Señor Jesús y dar gracias a Dios, que los 'hizo renacer a la esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos'" (SC 106):

Cuando meditamos, oh Cristo, las maravillas que fueron realizadas en este día del domingo de tu santa Resurrección, decimos: Bendito es el día del domingo, porque en él tuvo comienzo la Creación...la salvación del mundo...la renovación del género humano...en él el cielo y la tierra se regocijaron y el universo entero quedó lleno de luz. Bendito es el día del domingo, porque en él fueron abiertas las puertas del paraíso para que Adán y todos los desterrados entraran en él sin temor (Fanqîth, Oficio siriaco de Antioquía, vol 6, 1ª parte del verano, p.193b).

Los nombres del domingo

Un buen procedimiento para conocer el significado del Domingo es el rastrear sus nombres en la tradición cristiana. Estos nombres son:

a. *En relación con Cristo:*

- Primer día la semana (Mt 28, 1; Mc 16,19 cf. Gén 1,3-5; Gál 6,15; Ap 21,5).
- Día Señorial (Ap 1, 10; cf Is 13,6-9; Mt 22, 44; Rm 1,4).
- Señor de los días (Ap 1,8.18.19; cf 2,8;22,13).
- Día del sol (cf Apol.I,67; Lc, 1,78-79: Sal 18,6).
- Octavo día: nombre que pertenece a la simbología (cf. 1 Pe 3,20-21).

b. *En relación con la Iglesia:*

- Día de la asamblea (cf. LG 26; SC 41; Ef 5,23; Col 1, 18).
- Día de la Palabra de Dios (cf SC 6; 106; DV 21; PO 4).
- Día de la Eucaristía (cf SC 48; LG11; PO 5).

c. *En relación con los demás*

- Fiesta de los cristianos (cf. SC 106).
- Día de la alegría, descanso, solidaridad (cf Dies Dómini 55-73) y la Liberación (Gén 1,31; Sal 103, 1-24; Mc 2,27; Ex 4,31; Rm 8,21; Lc 4,18; cf. GS 67).

VII. Las diversas partes de la Misa

Las indicaciones que siguen corresponden a la Ordenación del Misal Romano. Las flechas indican la posición que deben asumir los fieles (&: parados; *: sentados; +: arrodillados)

1. Ritos iniciales

Entrada:

Mientras entra el sacerdote comienza el canto de entrada. El fin de este canto es abrir la celebración, fomentar la unión de quienes se han reunido y elevar sus pensamientos a la contemplación del misterio litúrgico o de la fiesta.

Saludo al altar y pueblo congregado

Entra el sacerdote quién hace unos gestos que pasan desapercibidos; tales como, una genuflexión y un beso ante el altar. Estos gestos tienen un sentido muy importante y relevante. La Misa se celebra en un altar alto, presidido por un crucifijo que es imprescindible, ya que ahí se va a llevar a cabo el sacrificio incruento de la Cruz, por lo tanto, es un recordatorio para el sacerdote y los fieles, de lo que ahí va a suceder. La inclinación del sacerdote es el primer acto de adoración y reverencia. El beso al altar significa el beso a la Iglesia.

Terminado el saludo, el sacerdote o el monitor puede hacer a los fieles una brevísima introducción sobre la misa del día.

Rito introductorio

La misa comienza con la señal de la cruz, símbolo del cristiano que indica nuestra fe en la Trinidad, la cual debe de ir acompañada internamente de la deliberada y consciente confesión de nuestra fe. Después, el sacerdote abre los brazos en señal de saludo, con uno saluda a Dios y con otro al pueblo. Las frases que pronuncia significa la unión entre el sacerdote y el pueblo: “El Señor este con ustedes, Y con tu espíritu”.

Actos penitenciales

El sacerdote junta las manos en señal de humildad, se hace el primer silencio de la Misa, silencio de reflexión ante la invitación del sacerdote a arrepentirnos. Estos actos concluyen después de haber manifestado una actitud de humildad, un reconocimiento de nuestra condición de pecadores y de haber pedido misericordia con la absolución del sacerdote, pero, no para pecados graves.

Señor, ten piedad

Después del acto penitencial, se empieza el “Señor, ten piedad”, a no ser que éste haya formado ya parte del mismo acto penitencial. Si no se canta el “Señor, ten piedad”, al menos se recita.

Gloria

Este es un antiquísimo y venerable himno con que la iglesia, congregada en el Espíritu Santo, glorifica a Dios Padre y al Cordero, y le presenta sus súplicas. Si no se canta, al menos lo han de recitar todos, o juntos o alternadamente. Es un canto de alabanza todos los domingos excepto los de la Cuaresma y Adviento. Además de los días señalados como fiestas.

Oración colecta

El sacerdote invita al pueblo a orar; y todos, a una con el sacerdote, permanecen un rato en silencio. Luego, el sacerdote lee la oración que expresa la índole de la celebración; el pueblo la hace suya diciendo amen.

En esta oración están contenidas las súplicas del pueblo a Dios, por lo que debemos de poner atención y orar con el sacerdote. Petición a Dios. Antes de rezarla se hace el segundo silencio, silencio de petición comunitaria. Oración principal de la Misa y dirigida al Padre, donde se pide un bien espiritual, se acomoda a los tiempos litúrgicos y finaliza con una invocación a la Santísima Trinidad. Con esto, termina el rito introductorio.

2. Liturgia de la Palabra

Se lleva a cabo en el ambón. Es una de las partes más importantes de la Misa. En la Misa diaria, hay una sola lectura. Los domingos y días de fiestas hay dos lecturas, siendo la primera, generalmente, del **Antiguo Testamento,** la segunda, es tomada generalmente, de **Hechos, Cartas, Nuevo Testamento.** La Eucaristía es sacramento de toda la vida de Jesús. Mediante las Lecturas bíblicas nos acercamos a ella.

Entre la primera lectura y la segunda lectura, se recita el **Salmo Responsorial***,* parte de canto y parte de meditación. La respuesta al Salmo es para favorecer la meditación. En esta parte, los fieles permanecen sentados con una actitud de atención, para que la Palabra los alimente y fortalezca. Dios habla, hay que escuchar con veneración. Sigue el **Aleluya,** canto de alegría, preparación para el Evangelio; hay movimiento en el altar, el sacerdote va al ambón.

La Misa continúa con el **Evangelio.** Antes de su lectura, el sacerdote junta las manos y con gran recogimiento, dice: “Purifica Señor mi corazón y mis labios para que pueda anunciar dignamente tu Evangelio”. Éste debe ser leído por el ministro, en caso de que sea un diácono quien lo lea, debe pedirle su bendición al sacerdote. Un sacerdote no le pide la bendición a otro, sólo al Obispo. Si se escucha con atención y con las debidas disposiciones: humildad, atención y piedad, se depositará en el interior de cada fiel, una nueva semilla, sin importar cuántas veces se ha escuchado el mismo Evangelio, siempre habrá algo nuevo. Al finalizar el sacerdote dice: “Esta es Palabra de Dios” y besa el Evangelio diciendo: “Por lo leído se purifiquen nuestros pecados”.

Homilía

Conviene que sea una explicación de las Lecturas, o de otro texto del Ordinario, o del Propio de la Misa del día, teniendo siempre el misterio que se celebra y las particulares necesidades de los oyentes. Momento muy importante para la vida práctica de los fieles;

no se puede omitir en domingos y días festivos. En la lectura de la Sagrada Escritura, habla Dios; en la Homilía, habla la Iglesia, depositaria de la Revelación, con la asistencia del Espíritu Santo para que se interprete rectamente la Escritura. Hay que escuchar con una actitud activa lo que la Iglesia quiere decir por medio del sacerdote, no hay que juzgarlo. La Homilía es una catequesis, no debe hablarse de otros temas que no sean referentes a la fe y a la salvación. Si no hay homilía, debe haber un silencio meditativo después del Evangelio. El Obispo predica sentado con báculo y mitra.

Profesión de fe

Con el Símbolo o Credo el Pueblo da su asentamiento y respuesta a la Palabra de Dios proclamada en las Lecturas y en Homilía, y trae su memoria, antes de empezar la celebración eucarística, la norma de su fe.

Se profesan doce artículos, manifestando la fe en Dios, Sólo se reza en domingos y días festivos. En Navidad y en el día de la Encarnación, se arrodilla cuando se dice: "... Se encarnó de María, la Virgen".

Oración universal u oración de los fieles

En la oración universal u oración de los fieles, el Pueblo, ejercitando su oficio sacerdotal, ruega por todos los hombres (Papa, Iglesia, Estado, necesidades....). La asamblea expresa su súplica o con una invocación común, que se pronuncia después de cada intención, o con una oración en silencio. Todas estas oraciones son de petición. Los fieles ofrecen sus peticiones al Señor. Pueden ser hechas por los fieles. Su finalidad es pedir a Dios por las necesidades de la Iglesia:

- Una debe ser por toda la Iglesia Universal.
- Otra por la jerarquía, el Papa y los Obispos. Por los gobernantes.
- Por los pobres y necesitados.
- Por la Iglesia particular o local.
- Puede haber más, pero no demasiadas. La introducción y la conclusión debe hacerla el sacerdote.

3. Liturgia eucarística

Preparación de los dones

Al comienzo de la Liturgia eucarística se llevan al altar los dones que se convertirán en el cuerpo y en la Sangre de Cristo: es de alabar que el pan y el vino lo presenten los mismos fieles. Acompaña a esta procesión el canto del ofertorio, que se alarga por los menos hasta que los dones han sido colocados sobre el altar. Se recoge la limosna, la cual es también una ofrenda. El sacerdote prepara el altar, extiende el corporal, si tiene copón lo destapa. El sacerdote recibe las ofrendas del pueblo. Con las ofrendas, la asamblea no sólo ofrece lo material, sino que simboliza la entrega del cristiano, su total disponibilidad a lo que Dios le tiene señalado. Se entregan los dones que Dios ha dado a cada quien, todo se pone a su disposición.

Ofrecimiento del pan y del vino

El pan y el vino se ofrecen por separado. El vino es preparado por el sacerdote que le añade unas gotas de agua diciendo: “Que así como el agua se mezcla con el vino, participemos de la divinidad de Aquél, que quiso compartir nuestra humanidad”. Existe un simbolismo entre el pan y el trabajo, además de que, en el pan hay muchos granos de trigo. Y como dice San Pablo: “Porque el pan es uno, somos muchos un sólo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan” (1 Cor 10, 17). El vino se obtiene de la vid, machacando y pisando, símbolo de dolor, de sufrimiento y se ofrece para convertirlo en la Sangre de Cristo por un deseo de expiación. Con el pan y el vino se ofrece el trabajo, el descanso, las alegrías, las contrariedades; pero sobre todo, el deseo de que Dios acepte a cada quien con sus miserias, y los transforme con su Gracia hasta asemejarlos a su Hijo.

El lavatorio de manos

Con este gesto el sacerdote, una vez más, expresa su deseo de purificación y limpieza interior. Esta acción indica que se debe estar puro de todo pecado, lava las manos para purificarlas. El sacerdote dice: “Lava del todo mi delito, Señor, limpia mi pecado”.

Oración sobre las ofrendas

El sacerdote abre los brazos y dice: “Orad hermanos...”, recordando a los fieles que también ellos ofrecen junto con él, el sacrificio, que no deben ni pueden quedar al margen. Se lee la oración de las ofrendas que expresan a Dios, de modo oficial, los sentimientos y deseos de los fieles, de la Iglesia en relación a las ofrendas, suplicando que las reciba y después de santificarlas, conceda los bienes espirituales que emanan del sacrificio.

Plegaria eucarística

Este el centro y el culmen de toda la celebración. Es una plegaria de acción de gracias y de consagración. Suele llamarse canon = regla. El sentido de esta oración es que toda la congregación de fieles se una con Cristo en el reconocimiento de las grandezas de Dios y en la ofrenda del sacrificio.

Los principales elementos de que consta la Plegaria eucarística pueden distinguirse de esta manera:

a. Prefacio: que es un canto. Hay diferentes prefacios, unos provienen de la Iglesia oriental, otros de la romana, esto es con el fin de unificar a la Iglesia. Es una exhortación a elevar los corazones dejando todo lo mundano porque en unos momentos Dios se va a hacer presente. Se agradece a Dios su preocupación por los fieles, dando gracias según la fiesta. No se da gracias por cosas materiales en este momento, sino porque fortaleció la debilidad humana y porque con la muerte no se pierde la vida. Acción de gracias.

b. Santo: con esta aclamación toda la asamblea, uniéndose a las jerarquías celestiales, canta o recita las alabanzas a Dios y a dar la bienvenida a Cristo que está por venir.
c. Anámnesis: con ella la Iglesia, al cumplir este encargo que, a través de los Apóstoles, recibió de Cristo Señor, realiza el memorial del mismo Cristo, recordando principalmente su bienaventurada pasión, su gloriosa resurrección y la ascensión al cielo.
d. Epíclesis: es la invocación del Espíritu Santo, el sacerdote pone las manos sobre los el pan y el vino, en este momento la asamblea se arrodilla. Con ella la Iglesia, por medio de determinadas invocaciones, implora el poder divino para que los dones que han presentado los hombres queden consagradas, es decir, se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y para que la víctima inmaculada que se va a recibir en la comunión sea para salvación de quienes la reciban.
e. + Narración de la institución y consagración: en ella, con las palabras y gestos de Cristo, se realiza el sacrificio que él mismo instituyó en la última cena. El canon puede variar, pero, las palabras no varían en la narración. Al terminar la narración, y antes de formular las palabras de la Consagración, el sacerdote se inclina sobre el altar con el fin de separar lo que era una narración y lo que ahí va a suceder. El sacerdote eleva primero el pan diciendo las palabras de la Consagración, hace una genuflexión, eleva el vino diciendo las palabras correspondientes y vuelve a hacer una genuflexión. La **Consagración** es el punto central de la Misa, la parte más importante, porque se vuelve a celebrar el sacrificio incruento de la Cruz. Al terminar el sacerdote dice: "Este es el misterio de nuestra fe", como invitación a los fieles a que se adhieran conscientemente al misterio de la Iglesia, en este momento la asamblea se pone de pie.
f. Intercesiones: con ellas se da a entender que la Eucaristía se celebra en comunión con toda la Iglesia, celeste y terrena, y que la oblación se hace por ella y por todos sus miembros, por los vivos, por los santos, se conmemoran a los difuntos y el sacerdote hace su petición personal.
g. Doxología final: en ella se expresa la glorificación de Dios y se concluye y confirma con el amen del pueblo. El rito de la consagración termina con las palabras: "Por Él, con Él y en Él, al Padre en unidad con el Espíritu Santo, todo honor y toda Gloria por los siglos de los siglos", es la glorificación de la Trinidad (doxología). Si se analiza éste es el objeto de la creación: la Gloria de Dios. El sentido de esta oración es que toda la congregación de fieles se una con Cristo en el reconocimiento de las grandezas de Dios y en la ofrenda del sacrificio.

Rito de la comunión

Ya que la celebración eucarística es un convite pascual, conviene que, según el encargo del Señor, su Cuerpo y su Sangre sean recibidos por los fieles, debidamente dispuestos, como alimento espiritual.

Este rito consta de las siguientes partes:

a. El Padre Nuestro o la oración dominical: se pide el pan de cada día, con lo que también se alude, para los cristianos, el pan eucarístico, y se implora el perdón de los pecados. La oración por excelencia que nos enseñó Jesús. Sus siete peticiones toman un sentido especial cuando se recita, poder sentirse hijos de Dios, contiene todo lo que se da en el sacrificio de la Misa.

b. Oraciones por la paz: Se pide la paz en la oración que enlaza con el Padre Nuestro y la que enseguida se dirige a Cristo. No se pide una paz externa, sino interna. Una paz que exige valor, que es una lucha contra el pecado. Se puede resumir en el encuentro de la Salvación. Cuando se da la paz, se debe de tener una verdadera disposición a ello, ninguna palabra mencionada en la Misa es formulario.
c. La fracción del pan, realizado por Cristo en la última Cena, en los tiempos apostólicos fue el que sirvió para denominar la integra acción eucarística. Significa que nosotros, que somos muchos, en la comunión de un solo pan de vida, que es Cristo, nos hacemos un solo cuerpo (1 Co 10,17). El sacerdote parte la hostia consagrada en tres. La más pequeña la junta con las demás. Se invoca al Cordero de Dios, que es el que quita el pecado, lo destruye y que por su sacrificio es el que da la posibilidad del desprendimiento de los pecados. El sacerdote dice una oración con sentimiento de humildad, pidiendo que lo libre de cualquier falta y que cumpla sus mandamientos.
d. Inmixión o mezcla: el celebrante deja caer una parte del pan consagrado en le cáliz [originariamente era un trozo del pan consagrado en otra comunidad el domingo anterior: signo de comunión entre las diversas comunidades cristianas].
e. Mientras se hace la fracción del pan y la Inmixión, los cantores o un cantor cantan el Cordero de Dios. Esta invocación puede repetirse cuantas veces sea necesario para acompañar la fracción del pan. La última vez se acompañará con las palabras danos la paz.
f. Preparación privada del sacerdote.
g. Luego, el Sacerdote muestra a los fieles el pan eucarístico.
h. La Comunión: Si no hubiera comunión, la Misa sería incompleta, no hay que olvidar que Cristo, en la Última Cena, nos exhorta a ello. El sacerdote comulga primero, luego la distribuye a los fieles, quienes deben de estar conscientes de lo que van a hacer. Es muy de desear que los fieles participen del Cuerpo del Señor con pan consagrado en esa misma Misa. Comulgar es la mejor forma de participar del sacrificio que se celebra.
i. Mientras el sacerdote y los fieles reciben el Sacramento tiene lugar el canto de comunión, canto que debe expresar, por la unión de voces, la unión espiritual de quienes comulgan, demostrar, al mismo tiempo, la alegría del corazón y hacer más fraternal la procesión de los que van avanzando para recibir el Cuerpo de Cristo. Si no hay canto, se reza la antífona propuesta por la Misal.
j. Rito de purificación: Luego de haber distribuido la Comunión, se limpian o purifican los objetos sagrados, con el fin de que el cuerpo y la sangre de Cristo no sean mal utilizados o sin la reverencia que se merecen. *La acción de gracias* es elemental, hay que detenerse un momento para dar gracias a Dios, que está dentro de los que lo han recibido, y agradecerle todo los beneficios recibidos. Debe de haber una postura de recogimiento.
k. En la oración después de la comunión, el sacerdote ruega para que se obtengan los frutos del misterio celebrado. El pueblo hace suya esta oración con la aclamación "Amén."

4. Rito de conclusión

El rito final consta de: saludo y bendición sacerdotal, y de la despedida, con la que se disuelve la asamblea, para que cada uno vuelva a sus honestos quehaceres alabando y bendiciendo al Señor.

VIII. Elementos litúrgicos

1. Vestiduras Litúrgicas

Alba: túnica blanca que cubre el cuerpo desde el cuello a los tobillos.

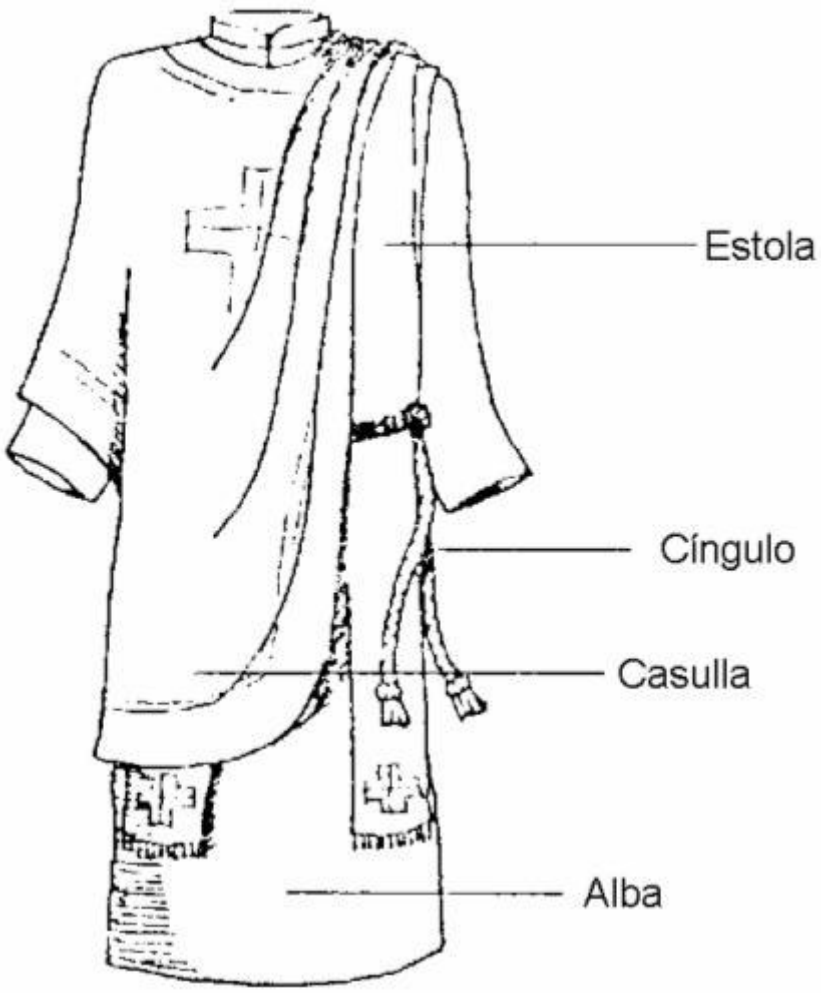
Cíngulo: Cordón blanco destinado a sujetar el alba por la cintura.

Estola: Banda larga de tela del color correspondiente al oficio que se celebra. El obispo y el presbítero se la colocan sobre los hombros y espalda, de modo que cae por delante en dos bandas paralelas. El diácono la viste en forma cruzada, sobre el hombro izquierdo y sujetas las dos puntas en el costado derecho.

Casulla: es una especie de poncho que se utiliza encima del alba y la estola, utilizada por el obispo y los presbíteros. El color de la casulla varía de acuerdo al tiempo litúrgico.

Paño humeral: paño de forma rectangular que el presbítero se coloca sobre la espalda tomando con los extremos la custodia en las procesiones con el santísimo y adoraciones.

Capa pluvial: capa que se utiliza en celebraciones especiales.



2. Libros Litúrgicos

Misal: Contiene el texto utilizado por el presidente.

Leccionario: Libro con las lecturas bíblicas para la Misa.

Libro del Salmista: contiene los salmos responsoriales.

Cantatorio: Contiene los cantos de la Misa. Originalmente se trataba de cantos en latín y música en gregoriano. Los cantos deben estar autorizados por las Conferencias Episcopales. En la actualidad han sido reemplazados por los cancioneros.

Rituales: Contiene el desarrollo de los sacramentos.

Liturgia de las Horas (Breviario): contiene la celebración de la oración del las distintas horas litúrgicas del día, las cuales no son propias de los sacerdotes, sino de todos los fieles.

Calendario litúrgico: Contiene un calendario de la organización de las celebraciones litúrgicas durante todo el año.

3. Vasos Sagrados y accesorios

Cáliz: copa en la que se pone el vino que luego será Sangre de Cristo.

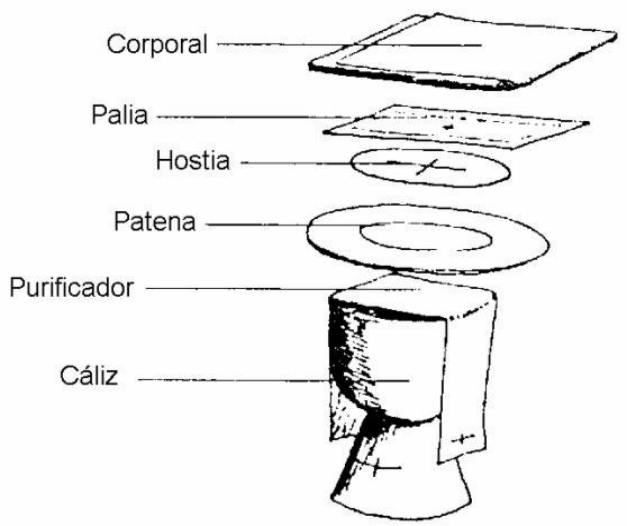
Patena: plato en el que se colocan las hostias durante la Misa.

Copón: recipiente destinado a colocar las hostias cuando se utilizan en gran número.

Corporal: lienzo cuadrado que se extiende en el centro del altar y sobre el cual se depositan el cáliz y la patena o el copón.

Purificador: Pequeño paño blanco para limpiar el cáliz, la patena y el copón.

Palia: paño almidonado para tapar el cáliz y la patena.



Manutergio: pequeño paño donde el presbítero se seca las manos luego de lavárselas.

Vinajeras: recipientes para el vino y el agua para la

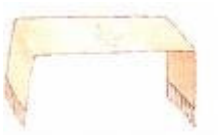
Acetre: recipiente para el agua de las bendiciones.

Hisopo: Similar a una bombilla de mate (puede utilizarse una ramita) se utiliza con el acetre donde recibe el agua que será asperjada (salpicada).

Ostensorio o custodia: elemento en el cual se pone la hostia consagrada para ser expuesta a la adoración de los fieles.

Viril: Elemento de sostén para la hostia dentro de la custodia.

Altar: es el ara peculiar en la cual el sacrificio de la cruz se perpetúa sacramentalmente para siempre hasta la venida de Cristo. Es la mesa junto a la cual se reúnen los hijos de la Iglesia para dar gracias a Dios y recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo.



Mantel: pedazo de tela que recubre el

Sagrario: Lugar en el que se encuentra el Santo Sacramento. Se recomienda que esté colocado en la parte central del altar debajo del crucifijo, ya que la Celebración Eucarística gira en torno a la Eucaristía.

Ambón: *"Cristo está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es el quien habla" (SC 7)* Desde el ambón se proclaman las lecturas, el salmo responsorial y el pregón pascual; pueden tenerse también la homilía y la oración universal u oración de los fieles.

Incensario o turíbulo: Recipiente donde se colocan brasas e incienso.

Naveta: recipiente donde se guarda el incienso.

Crismeras: Vasos donde se colocan los santos óleos: de los catecúmenos, de los enfermos (Bautismo y unción de los enfermos) y Santo crisma (perfumado, para Bautismo, Confirmación y Orden Sagrado).

IX. El año litúrgico

Toda celebración se relaciona con el acontecimiento celebrado, forma una comunidad y se expresa por medio de ritos, requiere un espacio *(dónde)* y un tiempo *(cuándo).*

1. ¿Qué se celebra?

Lo que se celebra siempre es el Misterio Pascual: "Toda la liturgia celebra el Misterio Pascual". La Pascua, en efecto, constituye el centro mismo de la obra salvífica de Cristo.

Por lo tanto, la liturgia de los Sacramentos y de los Sacramentales hace que, en los fieles bien dispuestos, todos los actos de la vida sean santificados por la gracia divina que emana del Misterio Pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

La razón de ser de la acción pastoral centrada en la liturgia es hacer que se traduzca en la vida el Misterio Pascual, en el que el Hijo de Dios encarnado hecho obediente hasta la muerte de cruz, es exaltado en su resurrección y ascensión, de suerte que pueda comunicar la mundo la vida divina, por la que los hombres muertos al pecado y configurados con Cristo *"ya no vivan para sí, sino para Aquél que murió y resucitó por ellos" (2 Cor 5, 15)*

El año litúrgico es, según el concepto antiquísimo y ahora r4enovado de Sacramento=Misterio, un signo salvífico por el que se actualizan y experimentan en toda su perenne efectividad todos los aspectos de la Pascua de Cristo:

- el central y el más estricto: su Pasión y Resurrección.
- el más amplio: desde la encarnación hasta el don del Espíritu Santo.

Pero la Pascua de Cristo la vamos a celebrar en un tiempo litúrgico determinado, en una fiesta dada, en ocasión de una circunstancia especial eclesial o social.

2. ¿Cuándo se celebra?

Dos formas o dos tiempos especiales tiene la Iglesia de celebrarlo como un hecho salvífico acontecido ciertamente en el pasado, pero que se hace presente en toda su capacidad salvífica para ser vivido y experimentado hoy por medio de los signos litúrgicos y que nos dirige hacia el misterio completo, que culminará en *la Parusía* (la venida definitiva del Salvador). Estos dos tiempos son: *Navidad y Pascua.*

Así, todo signo litúrgico (Misterio-Sacramento), es al mismo tiempo, revelación, anamnesia y profecía (nos hace presente el pasado y nos anticipa la culminación)

La Iglesia por una tradición apostólica que trae su origen desde el mismo día de la Resurrección de Cristo, celebra el Misterio Pascual cada ocho días, en el día que es llamado *día del Señor o domingo.*

a. ***Semana Santa y Pascua.***

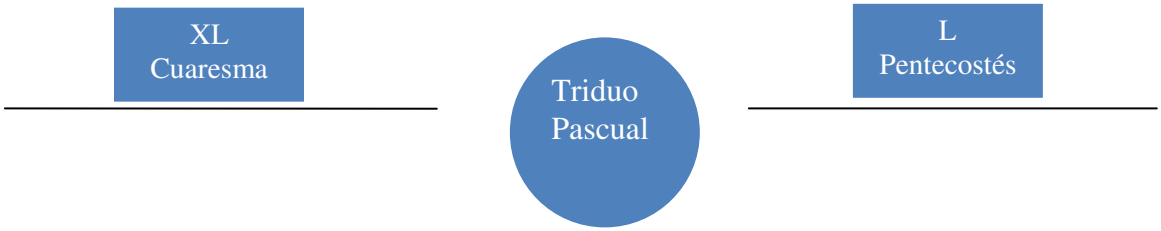
Pero desde muy antiguo la Iglesia ha destacado un domingo entre todos, la recurrencia anual de la Pascua del Señor celebraba básicamente en la **Vigilia Pascual**, la máxima fiesta, eje de todo el año litúrgico.

Ampliada esta celebración en el Triduo Pascual, se celebran tres aspectos del único misterio Pascual:

- Jueves Santo por la noche: La Institución de la Eucaristía y del Sacerdocio.
- Viernes Santo: La Pasión del Señor, que se entrega hasta la muerte y muerte de cruz.
- Vigilia Pascual: sigue celebrando la totalidad del Paso.
- Domingo de Pascua: Su Gloriosa Resurrección.

La fiesta de la Resurrección es tan fundamental que la Iglesia la prolonga por 50 días *"como un solo día de fiesta e incluso como el gran domingo".* Es la Cincuentena Pascual, *el Pentecostés,* que se cierra con la celebración del don del Espíritu Santo.

Para la celebración de estas fiestas, a finales del s. IV se constituyó su preparación: *La Cuaresma.* Está basada en el número bíblico 40, el número de la preparación de las grandes manifestaciones de Dios a Moisés y Elías, el ayuno preparatorio de la misión de Cristo. Es el tiempo específico de la conversión, de revivir los compromisos bautismales de rechazo del mal y de seguimiento de Cristo mediante una aceptación del diálogo con Dios: más escucha de la Palabra y más oración.



b. ***Navidad.***

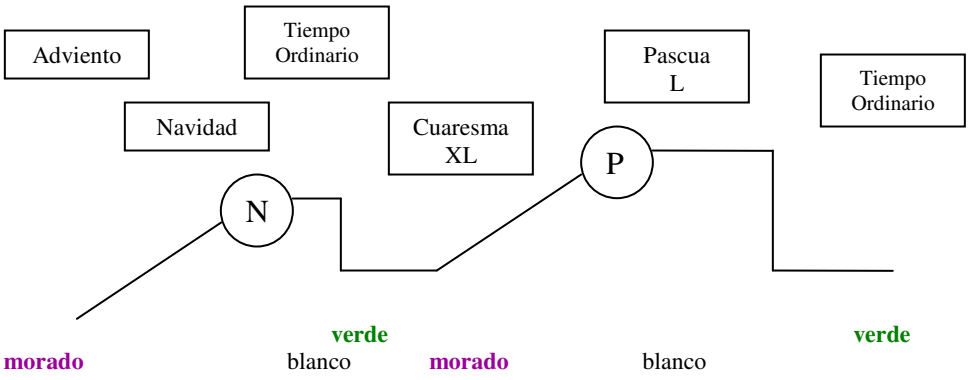
Roma y el mundo latino celebraron el nacimiento de Cristo el 25 de diciembre, cristianizando así las fiesta del *"Dies Natalis Solis invicti"* = día del nacimiento del Sol de Justicia, del verdadero vencedor del mal y de la muerte.

A esta celebración también se antepuso una preparación de 40 días e igualmente penitencial que se llama *Adviento.* Consta de cuatro domingos y da inicio al año litúrgico. La reforma del Vaticano II nos lo presenta como un ejercicio eclesial de la esperanza, tiempo de salir al encuentro del Señor, preparando la venida definitiva y la venida litúrgica. *"Ven Señor"* es el grito de la Iglesia, que cierra la revelación.

La Iglesia nos presenta en la liturgia de Adviento a tres modelos de la espera en Cristo:

- Los profetas, especialmente a Isaías.
- A Juan el Bautista, el precursor del Mesías.
- María, la siempre fiel, que dijo sí al don de Dios.

Por esto el Adviento es también tiempo mariano por excelencia.



Entre el fin del tiempo de Navidad y el inicio de la Cuaresma, y entre el fin de la Cincuentena Pascual (Pentecostés) y el inicio del nuevo año litúrgico (Adviento) transcurre el Tiempo Ordinario.

En un lugar único, destaca María, la Madre de Cristo, la primera cristiana, la primera redimida, el primer modelo de seguimiento del Señor.

"También la Iglesia introdujo en el círculo anual, el recuerdo de los mártires y de los demás santos; que llegados a la perfección por la multiforme gracia de Dios y habiendo ya alcanzado la salvación eterna, cantan la perfecta alabanza a Dios en el cielo e interceden por nosotros.
Porque al celebrar el tránsito de los santos de este mundo al cielo, la Iglesia proclama el misterio pascual cumplido en ellos, que sufrieron y fueron glorificados en Cristo, propone a los fieles sus ejemplos, los cuales atraen a todos por Cristo al Padre, y por los méritos de los mismos implora los beneficios divinos" (SC 104)

3. Calendario Litúrgico.

El tiempo está dividido en períodos que marcan la vida, las actividades y las fiestas de los hombres. Los cristianos tienen también una distribución del tiempo en el que celebran los misterios de Cristo y expresan su fe. Es el calendario litúrgico. Tiene su propio ritmo, una sucesión de fiestas y una alternancia de tiempos.

La liturgia cristiana ha establecido divisiones en el tiempo para distribuir en ellas las distintas celebraciones del misterio de Cristo. El calendario litúrgico se establece conforme a estos ritmos:

- *Diario:* cada día es santificado por las celebraciones del pueblo de Dios, principalmente por la Eucaristía y la liturgia de las Horas.
- *Semanal:* gira en torno al domingo, día del Señor y fiesta primordial de los cristianos.
- *Anual:* cuenta con 52 semanas y a través de ellas se desarrolla todo el misterio salvífico de Cristo, cuya fiesta principal es el Triduo Pascual.

a. *Solemnidades, fiestas y memorias*

- *Solemnidad*: Es la máxima clasificación de una celebración (fiesta muy importante). Su celebración comienza en las primeras vísperas del día precedente.
- *Fiesta:* Es una celebración importante que sale del común del tiempo ordinario, a través de él se celebran los misterios de nuestra salvación.
- *Memoria:* Es la celebración que conmemora de manera libre u obligada a un santo.
- *Feria:* Se denomina así a los días de la semana que siguen al domingo. En ella no hay oficio propio, ni memoria de algún santo. Son privilegiadas las ferias del miércoles de ceniza y de semana santa y las ferias de adviento del 17-24 diciembre.

b. *Solemnidades y fiestas del Señor*

Forman parte de la memoria y de la celebración que la Iglesia hace del misterio de Cristo a lo largo del año y están relacionadas con los tiempos litúrgicos específicos más cercanos:

- Están relacionadas con la Navidad: la Presentación y la Anunciación.
- Están relacionadas con Pascua: Trinidad, Corpus, el Corazón de Jesús, la Transfiguración, la Exaltación de la Cruz, etc.
- La Solemnidad de Cristo, Rey, que abre y prepara el Adviento y es recuerdo de la última venida del Señor, se relaciona con los dos ciclos y hace de enlace entre un año que termina y otro que comienza.

c. *Solemnidades y fiestas de la Virgen Santísima*

En el culto a la Virgen la Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la redención, en la que ella tuvo activa participación.

A lo largo de todo el año, aunque estas solemnidades y fiestas están en el Santoral, deben contemplarse en especial conexión con el Año Litúrgico. Sus relaciones son:

- Se relacionan con Adviento: la Inmaculada, la Anunciación, la Visitación.
- Se relacionan con Navidad-Epifanía: Madre de Dios, Natividad de María, Sagrada Familia, Presentación de María.
- Se relacionan con Pascua; Asunción, Dolores, Corazón de María, Carmen y muchas otras advocaciones con que el pueblo cristiano venera a la Virgen María.

d. *Los Santos en el Año Litúrgico*

La santidad es un atributo de Dios y de su Hijo, es también un don de Dios a su pueblo, el don de Cristo a su Iglesia y a cada uno de sus miembros.

El título de santo se atribuye a aquellos cristianos que han vivido con mayor plenitud su pertenencia a Cristo. Celebrar a un santo es celebrar a Dios, darle gracias, reconocer su presencia en nuestra historia. Los santos son en verdad un don de Dios a la humanidad y a la Iglesia. Son los que nos enseñan a escuchar la Palabra divina, a asimilar las bienaventuranzas, a vivir el estilo de la vida nueva que Cristo nos ha

comunicado. Los santos son una prueba de que Cristo Jesús sigue presente en su Iglesia con su santidad radical y nos muestran que es posible cumplir el Evangelio.

Los santos, habiendo llegado a la patria y estando en presencia del Señor, no cesan de interceder por El, con El y en El a favor nuestro ante el Padre (cf. LG 49).

El día de su muerte o nacimiento para la vida futura se considera el día más propio para recordarlos, y así lo hace la Iglesia en su Liturgia.

Las celebraciones del Tiempo Ordinario y del Santoral van completando, a lo largo del año, el recuerdo y la actualización del Misterio pascual, tanto en la evocación de la vida histórica de Jesús como en su cumplimiento en la vida de la Madre de Dios y de los que se distinguieron como los más fieles testigos de la fe y del Evangelio.

e. Fechas del calendario litúrgico

FECHA	CELEBRACIÓN
1 de enero	Solemnidad Santa María Madre de Dios
6 de enero	Epifanía del Señor
Domingo siguiente a la Epifanía	Bautismo del Señor
25 de enero	Conversión del Apóstol San Pablo
2 de febrero	Presentación del Señor
19 de marzo	San José
25 de marzo	La Anunciación del Señor
31 de mayo	La Visitación de la Virgen María
Domingo siguiente a la Anunciación	La Santísima Trinidad
Primer jueves de junio	Solemnidad de Corpus Christi (Cuerpo y Sangre de Cristo)
Segundo viernes de junio	Sagrado Corazón de Jesús
Segundo sábado de junio	Corazón de María
Cuarto domingo de junio	Solemnidad de la natividad de Juan Bautista
29 de junio	Solemnidad de los apóstoles Pedro y Pablo
6 de agosto	La Transfiguración del Señor
15 de agosto	La Asunción de María
8 de septiembre	Natividad de María
Segundo viernes de septiembre	La Exaltación de la Cruz
15 de septiembre	Nuestra Señora de los Dolores
29 de septiembre	Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael
2 de octubre	Ángeles de la guarda
1 de noviembre	Todos los santos
2 de noviembre	Los Fieles Difuntos
Último domingo de noviembre	Solemnidad de Cristo Rey
8 de diciembre	La Inmaculada Concepción
12 de diciembre	Solemnidad de la Virgen de Guadalupe, patrona de América Latina
25 de diciembre	Natividad del Señor
28 de diciembre	Los Santos Inocentes
30 de diciembre	La Sagrada Familia

X. La religiosidad popular, herramienta de expresión

1. La religiosidad popular, herramienta de expresión pública de la fe

El Papa Juan Pablo II dijo en un mensaje, con el que anunciaba la preparación de un directorio sobre religiosidad popular, que esta manifestación, "cuando es genuina, tiene como fuente la fe y, por lo tanto, tiene que ser apreciada y favorecida". En esta línea, el pontífice reflexionaba sobre la idea de que la religiosidad popular no es contraria al carácter central de la liturgia sino que, fomentando la fe del pueblo que la considera una expresión connatural, prepara adecuadamente para la celebración de los sagrados misterios.

Sobre el que algunas veces las muestras de religiosidad popular son contaminadas por elementos no coherentes con la doctrina católica, Juan Pablo II comentaba que esta manera de transmitir la creencia en Dios "tiene que estar purificada con prudencia y paciencia". Como ejemplo claro, está el de las traducciones de textos litúrgicos, que no tienen que ser "un ejercicio de creatividad, sino un gran esfuerzo para conservar el sentido del original sin cambios, omisiones o añadidos".

En España, decenas de millares de creyentes forman parte de cofradías y hermandades de todo tipo (sacramentales, marianas, penitenciales...). El gran reto del siglo XXI para llenar de valores morales y espirituales este importante sector es, sin duda, la formación. Los hermanos y los cofrades tienen que ser también sujetos y actores de la nueva evangelización. De hecho ya se han puesto en marcha, en algunas diócesis, experiencias formativas dirigidas principalmente a dirigentes de entidades que promueven esta vertiente de la vivencia cristiana.

2. Las imágenes, un elemento clave

Las imágenes son la gran fuente de la devoción de las cofradías y la religiosidad popular en general. De hecho, una imagen de Cristo crucificado, bajo las ricas y diversas manifestaciones, o una de la Madre de Dios también bajo cualquier advocación representan el gran espejo donde los creyentes expresan su fe y desde el cual se dirigen a Dios ya sea directamente o mediante la figura de algún intercesor.

La manera de entender la iconografía o las imágenes ha generado a menudo controversias incluso entre muchos cristianos. Decir una frase bonita o un calificativo elogioso a un trozo de piedra, a menudo con gritos apasionados, no siempre es bien visto por los creyentes. Como todo, estas muestras de afecto siempre son positivas si tienen como idea no el convertir la imagen en una persona sino simplemente utilizarla como un instrumento desde el cual se llega a lo que es sobrenatural. Ésta es la esencia de la religiosidad popular. Por eso las procesiones, en muchos casos llenas de muestras de sacrificio y expresiones de adoración a una escultura o un icono, requieren unas auténticas motivaciones de relación con la Divinidad aunque estén llenas de ritos que son, por ejemplo, bien distintos a los de la liturgia, aunque sean respetables o compatibles con la doctrina de la Iglesia católica.

3. La formación, clave para poner a cada uno en su sitio

Ciertamente, hace falta una auténtica catequesis de la religiosidad popular y también de las devociones en general. María o los santos sin Cristo no tienen sentido. Es decir, la Madre de Dios o las vidas ejemplares de hijos de Dios son unos instrumentos que tienen que ayudarnos a llegar, a conocer o a encontrar a Nuestro Señor y, si en cambio son un obstáculo, no sirven.

Por ejemplo, los ortodoxos tienen una religiosidad popular que saben adecuar muy bien a la liturgia, que constituye siempre la gran herramienta que evita que haya excesos. Los practicantes de esta confesión, a través de la liturgia, moderan los posibles excesos de esta forma de expresar la fe. En esta línea, la Santa Sede quiere difundir pronto un directorio que regule las prácticas devocionales especialmente arraigadas en muchas comunidades cristianas.

"Examinarlo todo y retener aquello que es bueno". Éste tiene que ser el principio básico a la hora de hablar cristianamente de cofradías y religiosidad popular. Algunas formas de apasionamiento excesivo, que existen en acontecimientos como los peregrinajes en El Rocío, tendrían que ser replanteadas o incluso eliminadas. Sólo con una formación desde el principio, puede conseguirse esto. No debemos olvidar que, cuando hablamos de fe cristiana, cada uno (Cristo el primero) tiene que estar en su lugar.

Anexo 1. Diversas tradiciones litúrgicas

Las diversas tradiciones litúrgicas nacieron por razón misma de la misión de la Iglesia. Las Iglesias de una misma área geográfica y cultural llegaron a celebrar el Misterio de Cristo a través de expresiones particulares, culturalmente tipificadas: en la tradición del "depósito de la fe" (2 Tm 1, 14), en el simbolismo litúrgico, en la organización de la comunión fraterna, en la inteligencia teológica de los misterios, y en tipos de santidad. Así, Cristo, Luz y Salvación de todos los pueblos, mediante la vida litúrgica de una Iglesia, se manifiesta al pueblo y a la cultura a los cuales es enviada y en los que se enraíza. La Iglesia es católica: puede integrar en su unidad, purificándolas, todas las verdaderas riquezas de las culturas. (cf LG 23; UR 4)

Las tradiciones litúrgicas, o ritos, actualmente en uso en le Iglesia son el rito latino (principalmente el rito romano, pero también los ritos de algunas Iglesias locales como el rito ambrosiano, el rito hispánico-visigótico o los de diversas órdenes religiosas) y los ritos bizantino, alejandrino o copto, siriaco, armenio, maronita y caldeo. "El sacrosanto Concilio, fiel a la tradición, declara que la santa Madre Iglesia concede igual derecho y honor a todos los ritos legítimamente reconocidos y quiere que en el futuro se conserven y fomenten por todos los medios". (SC 4)

Por tanto, la celebración de la liturgia debe corresponder al genio y a la cultura de los diferentes pueblos (cf SC 37-40). Para que el Misterio de Cristo sea "dado a conocer a todos los gentiles para obediencia de la fe" (Rm 16, 26), debe ser anunciado, celebrado y vivido en todas las culturas, de modo que éstas no son abolidas sino rescatadas y realizadas por él (cf CT 53). La multitud de los hijos de Dios, mediante su cultura propia, asumida y transfigurada por Cristo, tiene acceso al Padre, para glorificarlo en un solo Espíritu.

"La diversidad litúrgica puede ser fuente de enriquecimiento, puede también provocar tensiones, incomprensiones recíprocas e incluso cismas. En este campo es preciso que la diversidad no perjudique la unidad. Sólo puede expresarse en la fidelidad a la fe común, a los signos sacramentales que la Iglesia ha recibido de Cristo, y a la comunión jerárquica. La adaptación a las culturas exige una conversión de corazón, y, si es preciso, rupturas con hábitos ancestrales incompatibles con la fe católica" (Ibíd.).

Dicho de otra manera, el criterio que asegura la unidad en la pluralidad de las tradiciones litúrgicas es la fidelidad a la Tradición apostólica, es decir: la comunión en la fe y los sacramentos recibidos de los apóstoles, comunión que está significada y garantizada por la sucesión apostólica.

XI. Cuestionario sobre la liturgia

Preguntas

1. La constitución sobre la sagrada liturgia Sacrosanctum Concilium lo llama "tesoro de valor inestimable que sobresale entre las demás expresiones artísticas" ¿A qué se refiere?

   a. Los iconos
   b. La arquitectura eclesiástica
   c. La sacristía
   d. La tradición musical
   e. Las basílicas del mundo.

2. En la liturgia, el pedagogo de la fe del pueblo de Dios y artífice de los sacramentos de la Nueva Alianza es:

   a. Cristo
   b. El sacerdote u obispo que preside
   c. El Espíritu Santo
   d. El diácono o sacerdote que lee el Evangelio
   e. El sacerdote que está en representación del obispo.

3. En su estructura característica la Liturgia de la Palabra se origina en:

   a. Las enseñanzas de los Padres de la Iglesia
   b. La oración judía
   c. El Antiguo Testamento
   d. La Septuaginta
   e. Las epístolas católicas del Nuevo Testamento.

4. Cuando la Iglesia celebra el Misterio de Cristo, hay una palabra que caracteriza su oración:

   a. Abba, Padre
   b. ¡Así sea!
   c. ¡Hoy!
   d. ¡Marana tha! (Ven, Señor Jesús)
   e. Todo está cumplido
   f. Hágase su Voluntad
   i. ¡Tuyo para siempre!

5. En la Liturgia de la Palabra el Espíritu Santo le "recuerda" a la asamblea todo lo que Cristo ha hecho por nosotros. La palabra griega que se utiliza para describir esto es:

   a. Ecclesia
   b. Doxología
   c. Eucharistein
   d. Anámnesis

e. Epíclesis

6. De acuerdo con la epístola a los Hebreos, el altar de la Nueva Alianza es:

   a. El lugar donde se ofrece el sacrificio
   b. Basado en la santidad del sacerdocio
   c. Compuesto de todos los fieles que reconocen a Cristo
   d. La Cruz del Señor
   e. Figurativamente la ciudad de Roma
   f. En el corazón de cada cristiano auténtico.

7. La sagrada imagen, el icono litúrgico, representa principalmente:

   a. La Santísima Trinidad
   b. La Iglesia como esposa de Cristo
   c. Cristo
   d. Dios Padre
   e. Los fieles en adoración
   f. La comunión de los santos.

8. Manteniendo el memorial de los santos durante los días de la liturgia del año, la Iglesia muestra que:

   a. El Vaticano II estableció una norma litúrgica que no se podrá cambiar nunca
   b. Los días de fiesta son días de gracias especiales
   c. Que así la Iglesia está ligada a la liturgia del cielo
   d. Que los santos del cielo disfrutan de poderes especiales de intercesión
   e. Ella tiene el poder de cambiar la liturgia

9. La Iglesia Occidental la llama “Semana Santa”. La de Oriente:

   a. “La semana de la Pasión”
   b. “La Gran Semana”
   c. La semana del Señor
   d. La semana de la Salvación
   e. “La semana de la Nueva Alianza”
   f. La semana del Eucharistein

10. La madera dura se puede usar para hacer la píxide si el material utilizado es precioso en el lugar donde se usará.

11. En el Concilio de Nicea en 325, todas las iglesias llegaron al acuerdo que la Pascua se tenía que celebrar en el primer domingo que sigue después del equinoccio de verano. Fecha también conocida como:

   a. 14 Pascua
   b. 7 Septuaginto
   c. 12 Seqahah
   d. La “Preferencia Gregoriana”
   e. 14 Nisan
   f. La “Prerrogativa de Nicea”

12. Entre los ritos litúrgicos en la Iglesia (e.g. Bizantino, cóptico, Siriaco, Armeno, etc…), el Vaticano II recomienda dar preeminencia al rito Latino porque es el que está en mejor concordancia con la Santa Sede de Roma. ¿Verdadero o Falso?.

13. ¿Quién dijo "La belleza y el color de las imágenes litúrgicas estimulan mi oración. Es una fiesta para mis ojos, del mismo modo que el espectáculo del campo estimula mi corazón para dar gloria a Dios"?

    a. Papa Juan XXIII
    b. El entonces Arzobispo Karol Wojtyla
    c. San Basilio
    d. San Juan D.
    e. San Agustín
    f. San Jerónimo

14. De acuerdo con 1 Cor 11, 26 y 15, 28 la Iglesia celebra el misterio de su Señor "hasta…"

    a. "…que nuestra santidad se complete"
    b. "… la nueva luna del Nisan"
    c. "…cambio de era"
    d. "… que él venga"
    e. "… el Espíritu Santo descanse en todos los corazones"

15. ¿Quién dijo, " ¡Cómo lloré, profundamente conmovido por tus himnos, canciones y las voces que resuenan en tu Iglesia!… Un pensamiento de devoción surgió de dentro de mi ser, y lágrimas corrieron por mi cara, - lágrimas que me ayudaron"?

    a. San Agustín
    b. Gregorio Magno
    c. San Atanasio
    d. San Justino
    e. San Ignacio de Antioquía, citando a San Bernabé.

Respuestas

1. d (cf. Catecismo, No. 1156)
2. c (cf. Catecismo, 1091)
3. b (cf. Catecismo, 1096)
4. c (Catecismo, 1165)
5. d (Catecismo, 1103)
6. c (Catecismo, 1182)
7. c (Catecismo, 1159)
8. c (Catecismo, 1195)
9. b (Catecismo, 1169)
10. Verdadero (Ver Cenam Paschalem, 292.)
11. e (Catecismo, 1170)
12. Falso (Catecismo, 1203, citando Sacrosanctum Concilium número 4)

13. d (Catecismo, 1162, citando DAMASCENE, De imag. I, 27; PG 94, 1268A-B)
14. d (Catecismo, 1130)
15. a Catecismo, 1157, citando Confesiones 9, 6, 14: PL 32, 769-770.—30—